



LA CONQUISTA DEL DESIERTO

Interesante capítulo de Historia Argentina al que no se le da la importancia que merece en los textos de estudio y programas oficiales de los Colegios Nacionales.

INTRODUCCIÓN. — Hasta hace poco más de un siglo la República Argentina se reducía a sus capitales de provincias y una pequeña extensión de territorio a su alrededor; todo lo demás escapaba a su jurisdicción y estaba sometido al dominio de los salvajes que imperaban como señores de horea y cuchillo, o mejor dicho de lanza y bolas que eran sus armas predilectas.

Buenos Aires que era el centro de las actividades comerciales y el foco intelectual de la República y donde estaba concentrado todo el poder bélico de la Nación, no se extendía más que hasta el Río Salado, límite impuesto por los mismos salvajes en sus tratados con el Gobierno de la Colonia y respetado por el Gobierno de la Primera Junta y los que le sucedieron durante las luchas de la Independencia, ya que no era posible sostener dos guerras al mismo tiempo.

La comunicación con las provincias del interior era poco menos que ilusoria, y para emprender el viaje había que confesarse y hacer testamento como decía Sarmiento, pues, no habiendo seguridad en los caminos no se tenía la certeza de volver; lo más probable era que se perdiera la vida a manos de los salvajes o que se fuera a parar como cautivo a sus tolderías; y ser cautivo de los indios en esos tiempos equivalía a vivir esclavo y morir mártir.

Desde 1541 en que los españoles abandonaron a la rapacidad de los indios la ciudad que fundara seis años antes Pedro de Mendoza hasta 1580 en que la reedificara Juan de Garay, los salvajes habían hecho muchos progresos porque habían domesticado las ha-

ciendas que dejaron los conquistadores españoles en su fuga, y que en completa libertad se reprodujeron y multiplicaron de una manera asombrosa, especialmente las caballadas que amansaron e incorporaron a su equipo personal y a sus ejércitos como elemento indispensable para sus correrías por el desierto y sus acciones de guerra.

Desde el mismo momento de la reedificación de Buenos Aires comenzó la guerra con los salvajes, que ha durado tres siglos, hasta que el general Roca los sometió definitivamente el año 1879, incorporando a la civilización sus inmensos y feraces territorios, cubiertos hoy de ciudades, villas, estancias, colonias, ferrocarriles; teléfonos, diques, canales, caminos y puertos; y sólo después de la conquista del desierto se puede decir con toda verdad, razón y justicia que:

“Se levanta a la faz de la tierra

“Una nueva y gloriosa nación”.

Porque, ¿qué nación independiente habíamos de constituir antes de esa fecha si estábamos a merced de las hordas salvajes de la Pampa y constantemente expuesta nuestra campaña a sus depredaciones, rapiñas y matanzas? Cuando los moradores de establecimientos rurales y estancias tenían que dormir con un ojo, velar con otro, teniendo en una mano el fusil y en la otra el caballo de la rienda, para sentir la aproximación del malón, pelearlo si se creía fácil vencerlo o huir en caso contrario? ¿Era siquiera tolerable una existencia tan azarosa, intranquila y llena de peligros? Por eso los estancieros que lograron sobrevivir a esa época aciaga han llegado ricos a nuestros días; pero también de cada diez valientes que se atrevieron a desafiar a las indiadadas, salvó uno como para contarnos el cuento: los nueve restantes perecieron en su afán de enriquecerse o abandonaron todos sus intereses con tal de salvar sus familias del oprobio, la cautividad o la muerte.

Los que han viajado por nuestra campaña a fines del siglo pasado o principios del presente habrán oído contar a los viejos las inquietudes y sinsabores que se pasaba en las estancias ante la constante amenaza de los indios. Alrededor de la casa principal se agrupaban las de los peones y agregados, y todo estaba rodeado de un ancho foso con un rústico puente levadizo que se retiraba cuan-

do llegaba la invasión, después de haberse encerrado en su recinto la gente y animales domésticos o de trabajo cotidiano; los demás animales mansos se degollaban para evitar que los llevara el malón. Por supuesto que en la casa había siempre un depósito de víveres que consistía en carne salada, charque, zapallos, maíz y algún otro producto de la tierra, en cantidad suficiente para resistir varios días el asedio; el agua la proporcionaba el pozo de balde que se hallaba dentro del recinto fortificado. Las armas de caño largo, muy escasas en esos tiempos, se empleaba para mantener a distancia a los salvajes a fin de que no pudieran hacer uso de sus flechas incendiarias con las que prendían fuego a los techos de las casas que como eran de paja ardían con facilidad, y de allí se propagaba al resto de la construcción.

Desde el primer momento los conquistadores españoles tuvieron que construir fortines para defenderse de los continuos asaltos de los indios que como luchaban por su libertad y su patria desplegaban actividades y energías verdaderamente asombrosas y un valor rayano en temeridad. A medida que se aumentó la población y crecieron las necesidades de sus habitantes fueron aumentando el número de fortines, avanzando hacia el interior del desierto y empujando a los indios hacia *tierra adentro* como llamaban los españoles al continente contemplado desde el litoral. Este es al menos el sentido que da Cervantes a esa expresión en el capítulo XLI de la primera parte del Quijote. El nombre pues de *Tierra Adentro* con que se designaban las regiones desconocidas y misteriosas donde los indios tenían sus tolderías, es un nombre perfectamente castizo y debió haber sido dado por los españoles y no por los indios como generalmente se cree.

Ya en tiempos de la Reconquista tenían sus líneas de fortines sólidamente construidos y estratégicamente colocados, con tropa abundante y bien equipada para mantener a raya el furor y rapacidad de los salvajes. Pero vino la guerra de la Independencia y los fortines se despoblaron; los soldados que los guarnecían se desbandaron y unos fueron a engrasar el ejército español y otros a enrolarse en las filas libertadoras; quedaron los indios en completa libertad de acción para realizar sus malones con toda impunidad y con los más espléndidos resultados: aprovecharon la ocasión y saquearon a mansalva las estancias, degollaron a los pobladores capa-

ces de hacer armas, se llevaron cautivos a los niños y las mujeres y arrearon inmensos rebaños de toda clase de ganados.

ORIGEN DE LOS INDIOS Y PENETRACIÓN CHILENA. — Los indios que poblaban los inmensos desiertos argentinos eran en su mayor parte de origen araucano que habiendo emigrado en diferentes épocas de su país natal, Arauco en Chile, se establecieron en los fértiles valles de este lado de la cordillera donde la vida era más fácil y productiva y el clima menos riguroso. Como sus antepasados, los araucanos del tiempo de Alonso de Ercilla, eran hombres de estatura regular, fuertes, vigorosos, vivos, astutos, orgullosos, versátiles, crueles, aguerridos, valientes hasta la temeridad e implacables con sus enemigos. Carecían de instrucción y no conocían la escritura; se guiaban por sus propios instintos que como no habían sido educados eran los del hombre primitivo o los de las fieras de los bosques; el móvil de sus acciones era el egoísmo, pero un egoísmo feroz y sanguinario que los llevaba a cometer con toda sangre fría las mayores atrocidades siempre que les reportara un beneficio o una satisfacción personal; eran implacables en la guerra que la hacían sin pedir ni dar cuartel y torturaban y se comían a sus prisioneros de guerra.

Cuando Valdivia, uno de los conquistadores de Chile, fué derrotado y hecho prisionero en la batalla de Tucapel el año 1553, los araucanos le cortaron los músculos de los brazos y se los comieron en su presencia, muriendo aquél a los tres días en medio de atroces sufrimientos; y para hacer más dolorosa la operación y más bárbaro el suplicio, no emplearon sus cuchillos o dagas sino conchas de almejas del mar. También es cierto que este conquistador, que se decía hombre civilizado, mutilaba a sus prisioneros haciéndoles cortar las narices y las orejas y poniéndolos luego en libertad para sembrar el terror en las filas enemigas.

Los araucanos que se decían descendientes de la antigua cultura de los Incas del Perú hacían derivar su nombre de la palabra *aucá* que significa rebelde, alzado, indómito; y así lo demostraron en las épicas luchas que sostuvieron con los conquistadores españoles, quienes decían que era la parcialidad indígena más bárbara, salvaje y cruel que habían encontrado en el Nuevo Mundo. De la palabra *aucá* formaron los españoles la palabra *aucanos* o *araucanos*

para designar esas tribus. Según el Dr. Estanislao S. Zeballos la etimología de ese nombre es otra, que se da en el pequeño vocabulario que se acompaña.

Aunque carecían de religión eran muy supersticiosos y sacrificaban animales y seres humanos a los manes de sus espíritus para aplacar la cólera divina si les acaecía una desgracia, implorar su protección cuando acometían una empresa o también para festejar un acontecimiento auspicioso; y eran antropófagos por venganza. Sin embargo se sabe que durante el período álgido de su lucha con los españoles abandonaron el arado y el cultivo de los campos y se vieron obligados a comer la carne de sus prisioneros para no morir de hambre; y se aficionaron a tal extremo a ésta que según algunos historiadores de la época tuvieron hasta carnicerías de carne humana en donde se vendían cuartos de hombre como si fueran de carnero. Hubo algunos caciques que encerraban en jaulas a sus prisioneros para hacerlos engordar y comerlos en seguida, es decir, los cebaban como se ceba hoy un cerdo o un pavo. Con los cráneos, de los enemigos hacían tazas que llamaban *rarilonco* y les servía de copa para beber la *chicha* en sus grandes borracheras, pues todo suceso importante, ya fuese personal o de orden público, lo celebraban con grandes orgías.

Con estos breves antecedentes ya podemos suponer lo que serían las diversas tribus de araucanos que pasando a este lado de la Cordillera establecieron sus tolderías en las dilatadas campiñas argentinas, absorbiendo poco a poco a nuestros indios pampas, raza menos belicosa aunque igualmente brava, altanera, orgullosa y que vivía de la rapiña, pero que no practicaba la antropofagia.

Las tribus que vinieron de Arauco fueron los indios llamados ranqueles que se apoderaron de los campos situados al sud del río Quinto en nuestra provincia y al norte del Colorado que divide la Pampa del Río Negro, pero siempre al este del río Salado o Chaleleo llamado Chadileufú por los naturales.

Hasta principios del siglo XIX la tribu de los ranqueles, aunque formada por hombres esforzados y audaces, era débil por el escaso número de soldados que tenía y por esto no pudieron realizar malones de importancia; pero el año 1818 vino de Chile el cacique *muluche* Yanquetruz precedido de gran fama por su valor invencible y su espíritu organizador, acompañado de un centenar

de sus más bravos guerreros; fué recibido y agasajado como un triunfador por los ranqueles y muy pronto se impuso por sus condiciones personales, sus sabios consejos, su valor legendario y sus altas dotes de organización y comando, de modo que cuando murió el cacique Caré Aguel que gobernaba la tribu, fué elegido cacique general por aclamación. Organizó militarmente las huestes ranquelinas y formó un ejército disciplinado y aguerrido con el que llevó a cabo malones memorables dando mucho que hacer a los cristianos como llamaban los indios al hombre civilizado que no pertenecía a su raza así fuera budhista o musulmán.

Yanquetruz gobernó hasta 1835 en que le sucedió Painé fundador de la dinastía de los Zorros (Guor), oriundo de la Pampa y llamado Painé el Grande (Vutá Painé), quedando el hijo de aquél como segundo del nuevo cacique. Muerto éste en 1847 heredó el gobierno su hijo mayor Calvañ Guor que gobernó hasta el año 1857 en que le sucedió su hermano Pagistruz Guor más conocido por Mariano Rosas que había sido hecho bautizar por el tirano Rosas que le sirvió de padrino y le dió su apellido. Muerto Mariano Rosas en 1873 cayó el gobierno de la tribu en su hermano Epumer Rosas, quien la dirigió hasta fines de diciembre de 1878 en que fué hecho prisionero por las fuerzas nacionales del general Racedo. Mandado a Buenos Aires fué trasladado a Martín García como prisionero de guerra de donde lo sacó en 1883 el senador Cambaceres y lo llevó como peón a su estancia "El Toro" en el partido de Bragado de aquella provincia.

Otras tribus que procedían de la gran familia trasandina que moraba en las márgenes del arroyo Voro - hué, vulgo Voroa, situado al sud del río chileno denominado Imperial o Cautin, se establecieron en Salinas Grandes, extendiéndose al norte y este de las feraces llanuras de Carhué en los límites de la provincia de Buenos Aires y la gobernación de La Pampa, y fueron conocidos por indios *vorogas* o *voroganos* por proceder de Voroa.

Cuando Rosas expedicionó a los desiertos australes en 1833, los indios voroganos y demás tribus pampas que levantaban sus tolde-rías al este y sud de Salinas Grandes no le opusieron resistencia y se declararon amigas; y cuando supieron que su ejército había triunfado en Tierra Adentro, destacaron embajadas para felicitarlo y devolverle los cautivos en prenda de paz.

Los indios vorogas que vivían tranquilamente en los médanos de Masallé en las inmediaciones de Carhué, tenían por cacique principal a Rondeau y varios otros de segundo orden. Un día de 1835 llegaron emisarios de la otra banda, como llamaban los indios al otro lado de la Cordillera, anunciando la aproximación de una gran caravana de más de doscientos mercaderes que venían en son de paz y a vender o embaluchar productos chilenos. Los emisarios traían presentes para el cacique y venían a solicitar permiso para entrar en sus tierras según usanza india. Concedido el permiso y fijado el día de la recepción, Rondeau y los principales dignatarios de la tribu, capitanejos, indios de importancia y numeroso público, todos vestidos de gala, se habían congregados para recibir dignamente a los forasteros que no despertaban sospechas porque esas caravanas eran cosa muy corriente entre ellos, siendo al contrario esperados con ansiedad porque además de novedades traían noticias de las tribus lejanas, parientes, amigos y conocidos y era un acontecimiento que se celebraba con júbilo y grandes fiestas. Pero resultó que los supuestos mercaderes eran hombres de guerra, perfectamente armados, que cayeron como una tromba sobre los indefensos voroganos, pasaron a cuchillo a Rondeau y a los principales capitanejos, ancianos y adivinos, y dominaron en un instante a la aterrada multitud que se sometió sin condiciones al feroz y traicionero vencedor, que se hizo proclamar sobre tablas cacique general del vasto imperio de la Pampa: éste fué el terrible Calfucurá, tristemente célebre en la historia de la civilización argentina por sus robos, depredaciones y crueldades.

Hombre valiente a toda prueba, sagaz y astuto, jefe superior, hábil estratega y más hábil diplomático y con notables condiciones de gobierno y mando, no tardó en dominar por la razón o la fuerza, como reza el escudo chileno, a las demás tribus que tenían sus tolдерías en la Pampa. Mandó embajadas con mensajes de amistad a todos los jefes y caciques anunciándose como enviado de Dios y ejecutor de sus superiores designios; solicitaba la alianza de los grandes caciques chilenos para oponerse al avance de los cristianos ofreciéndoles franquearles los caminos de las campiñas situadas al este de la Cordillera ricas de ganados y mujeres bonitas; y oficiaba al mismo tiempo a Rosas, gobernador de Buenos Aires, solicitando la paz y ofreciendo su alianza para custodiar las fronteras e impe-

dir las invasiones extrañas. No tardó en ser reconocido por el gobierno de Buenos Aires y los caciques de uno y otro lado de la Cordillera como soberano de la Pampa, y pudo acaudillar inmensas indiadadas con las que ejecutaban o hacía ejecutar los terribles y formidables malones que llevaban el luto y el espanto a las poblaciones de la frontera.

Los tratados de paz, o las *paces* como decían los indios, se celebraron en 1835 con grandes y ruidosas fiestas en Bahía Blanca y fueron ratificadas por el mismo Rosas, siendo ya gobernador de Buenos Aires, mediante un tributo de 1500 yeguas, 500 vacas, ropa, azúcar, yerba, tabaco y bebidas para la tribu de Calfucurá que era ya aliada suya.

Cuando los indios de Voroa en Chile supieron lo que había hecho Calfucurá con sus hermanos de ultra Cordillera, resolvieron tomar ejemplar venganza y en 1838 con un ejército de dos mil de sus mejores lanzas invadieron el territorio argentino llegando hasta las estancias del sud de Buenos Aires, Santa Fé y Córdoba que saquearon a mansalva, quemando las poblaciones, degollando a sus habitantes, cautivando a las mujeres y los niños y llevando un arreo de más de 100 000 cabezas de toda clase de ganados. Las fuerzas que guarneceían los fortines, aunque pelearon con agilidad y bravura, fueron impotentes para contener la invasión por la escasez de soldados. Rosas no podía distraer fuerzas porque luchaba con los unitarios en el interior, con Rivera en el Estado Oriental y con Santa Cruz en Bolivia, así que se vió precisado a recurrir a Calfucurá que en virtud de los tratados estaba obligado a defender el territorio argentino contra los invasores chilenos.

Estos se retiraban ya satisfechos con sus enormes arreos y apenas pasaron los terrenos de llanura y sabiéndose a cubierto de las armas de los fortines de la frontera, acamparon en el hermoso valle de Quintucó, pequeño afluente del Macú Leubú o Río Agrio en lo que es hoy la gobernación del Neuquén, y allí estaban descansando y dando de comer a las haciendas, cuando fueron tomados de sorpresa por Calfucurá que con mil lanzas los acuchilló a su placer matándoles más de 500 hombres y quitándoles todos los cautivos y las haciendas. Los que quedaron vivos huyeron y fueron a parar a Chile con el cuento de que Calfucurá era invencible y que no había ni qué pensar en tomar venganza de él o en realizar una nueva

invasión. El vencedor devolvió algunos cautivos, pero se quedó con las haciendas en premio a su fidelidad, con excepción de algunas pequeñas partidas que entregó a los amigos del tirano.

Más que el deseo de quedar bien con Rosas animaba a Calfucurá el temor que tenía de que los voroganos volvieran luego a pedirle cuenta del sacrificio de sus hermanos, y tomándolo de sorpresa, hicieron con él y su tribu lo que él mismo había hecho con la de Rondeau y la suya.

Con este triunfo quedó bien cimentado el prestigio y autoridad de Calfucurá que gobernó desde entonces toda la Pampa con el absolutismo de un dictador. Se titulaba general y se hizo proclamar emperador; tenía por secretario a un cristiano chileno llamado Manuel Acosta o Manuel Freire, vivísimo, astuto y taimado que oficiaba de ministro y le servía de todo; usaba en su correspondencia oficial un sello con esta leyenda: "General Juan Calfucurá — Salinas Grandes".

Las tribus cercanas mandadas por los caciques Cachul, Catriel el viejo y otros de menor importancia, lo mismo que los ranqueles gobernados por Yanquetruz y demás tribus que merodeaban por las costas del Río Salado o tenían sus tolderías en las faldas de los Andes hasta el lago Nahuel Huapí y País de las Manzanas, eran sus aliadas y estaban sometidas a su imperio.

Su fama de buen gobernante, jefe superior y hábil diplomático, transpuso bien pronto las fronteras del país y llegó a Chile de donde venían continuamente nuevas tribus atraídas por la feracidad del suelo y bondades del cacique, y que eran recibidas con toda clase de consideraciones ya que aumentaban la población y reforzaban el ejército. Este emperador de la Pampa hacía práctico el pensamiento de Alberdi de que gobernar es poblar mucho antes de que lo enunciara el gran estadista.

El gobierno de Chile contemplanaba con buenos ojos cuando no fomentaba estas emigraciones que a la vez que descongestionaban el país le allanaba el camino para su conquista definitiva y le servían también para sus miras ulteriores.

La Pampa argentina estaba pues gobernada por los dos grandes jefes chilenos Calfucurá y Yanquetruz. Entre los vasallos del primero se encontraba el cacique Caepé que vivía en el Neuquén, conocidísimo por sus invasiones, latrocinios y crueldades y que era

un personaje importante en Chile estando emparentado con el general Bulnes. Este mismo general que fué dos veces consecutivas presidente de Chile, de 1841 a 1851, tenía una gran estancia en la falda oriental de los Andes poblada con indios chilenos y 4000 cabezas de ganado vacuno fuera de las yeguas, cabras y ovejas; y un coronel del mismo apellido que tenía frecuentes tratos con los caciques ranqueles Epumer, Baigorrita y Cayupán era el que los incitaba a llevar a cabo grandes malones para robar hacienda y llevarla a Chile. La prensa argentina se ocupó del asunto que dió lugar a una reclamación diplomática que no tuvo efecto.

Hombres de negocios que en Chile eran reputados como intachables y honorabilísimos y que aquí se consideraban como unos perfectos bandoleros, eran los intermediarios entre los indios y el comercio de ganados de aquel país: éstos robaban hacienda en las pampas argentinas y las vendían a aquéllos por menos que nada; y así se explica las fortunas colosales que levantaban en poco tiempo. El diputado Puelman decía en la sesión de la Cámara chilena del 18 de agosto de 1870 que la hacienda que llegaba a Chile provenía de los robos que hacían los indios en las pampas argentinas y se preguntaba que ¿qué serían ellos que se aprovechaban de esos robos?

De este modo Chile iba penetrando poco a poco pero de una manera continua y sin interrupción en nuestro país, y si el general Roca no se apresura a declarar la guerra al indio y emprender la conquista del desierto, a estas horas toda la Cordillera de los Andes y la mayor parte de las pampas argentinas pertenecerían a Chile ya que habían sido ocupadas y estaban gobernadas por indios chilenos.

Cuando en 1878 se supo en Chile que la conquista del desierto era un hecho, que el Congreso Nacional había votado los fondos necesarios y que el general Roca llevaría la dirección de la campaña, el pueblo, excitado por la prensa y los agitadores profesionales que nunca faltan, estalló en manifestaciones ruidosas contra la Argentina y una pueblada apedreó la estatua de Buenos Aires en la misma ciudad de Santiago.

A Chile, que necesitaba expansión territorial, no le convenía la guerra con nuestro país porque tendría que luchar con los araucanos primero y con los argentinos después. Se contentó entonces

con la guerra del Pacífico de resultados más fáciles e inmediatos, pero sin abandonar sus pretensiones a pasar a este lado de la Cordillera o Chile oriental como le llamaban allí. Estas pretensiones las volvió a renovar a fines del siglo pasado dando lugar a manifestaciones tumultuosas en ambos países que pedían la guerra como única solución del pleito secular, y obligaban a las dos naciones a ponerse en pie de guerra, movilizando la guardia nacional, disciplinando y aumentando los efectivos de su ejército y escuadra y gastando sumas enormes en armamento y municiones.

En este estado de incertidumbre y de temores inquietantes por la posibilidad de la guerra, el país puso su confianza en el general Roca que fué llevado por segunda vez a la presidencia de la República de la que se hizo cargo en 1898. Con su gran autoridad moral, su fino tacto político, su acendrado patriotismo, su habilidad diplomática, sus vastas vinculaciones con los principales hombres del país y del extranjero y sus arraigadas convicciones pacifistas, pudo dominar la situación, llegar a un arreglo amistoso con Chile entregando la solución del árduo problema al arbitraje de S. M. Británica y evitó así a ambos países la guerra fratricida que hubiera sido la ruina y desolación para todos.

LA GUERRA DEL INDIO. — El primero y principal elemento de guerra del indio era el caballo que educaba al efecto de una manera asombrosa, entrenándolo diariamente y galopándolo fuerte por los terrenos guadalosos y desparejos del desierto hasta que poco a poco se acostumbraba a esa fatiga enervante; y debido a eso es que sus caballos eran tan resistentes y vigorosos que podían correr muchas horas por los arenales o guadales, subiendo y bajando médanos, sin aplastarse o rodar, mientras que los caballos de los cristianos no podían resistir un par de horas seguidas ese violento ejercicio sin extenuarse o caer rendidos de cansancio.

Los indios, tan impetuosos y violentos en todo, desplegaban una paciencia verdaderamente benedictina para amansar y adiestrar sus caballos; no tenían una raza especial puesto que los que empleaban en sus correrías eran los que robaban en las estancias; pero la educación y el entrenamiento especial a que los sometían desarrollaban en ellos el vigor y seguridad prodigiosa que tanto admiraba el hombre civilizado.

El indio corría el día entero, a todo correr, con el caballo enterrándose hasta la rodilla en el guadal o la arena, cayendo y levantando pero sin rodar o darse vuelta jamás, y esto constituía la desesperación de los soldados que los perseguían que a poco andar quedaban reducidos a la impotencia, pues, el caballo que no se cansaba, rodaba o se daba vuelta, inutilizando muchas veces al mismo jinete; por eso decía el general Mansilla que era inútil salir en persecución del indio cuando llevaba algunas horas de ventaja, porque era como correr tras el viento.

Toda la mentada estrategia de los indios consistía en la resistencia, agilidad y vigor de sus caballos y en el conocimiento perfecto del terreno para llevar a las fuerzas regulares que los perseguían a los guadales o arenales donde ellos pasaban y éstas se quedaban empantanadas, clamando que mandaran a relevarlas.

Así le sucedió al general Hornos en la campaña de Tapalquén en 1856, cuando con un verdadero ejército compuesto de 3000 hombres, 2000 caballos y 12 piezas de artillería, fué a perseguir a Calfucurá que había realizado poco antes un tremendo malón por el sur de la provincia de Buenos Aires. Ambos ejércitos evolucionaban por sobre la sierra, y Hornos quería llevar al indio a una gran llanura pajosa que se miraba desde arriba y en donde, por tratarse de un campo abierto, su ejército podía moverse con entera libertad y desplegar en consecuencia todo su poder. El jefe indio se movía también demostrando miedo, pero se dejó copar en esa llanura que resultó ser un tembladeral, donde no podía evolucionar el ejército de Hornos que sentía hundirse el suelo bajo sus plantas, mientras que los caballos de los indios, acostumbrados al piso, evolucionaban en él como en una pista y su caballería llevó cargas formidables que desbarataron el ejército de Hornos que sufrió una derrota estrepitosa, escapándose el general a uña de caballo y perdiendo hasta el sombrero.

Algo parecido le ocurrió veinte años más tarde al entonces coronel Nicolás Levalle que fué en seguida jefe de la frontera sud de Buenos Aires y que con su histórico batallón 5° de línea que tanto se había distinguido en el Paraguay, quedó de guarnición en Carhué. El Dr. Adolfo Alsina, ministro de la Guerra del presidente Avellaneda, había ido con un pequeño ejército a defender esa frontera, y mientras los indios amenazaban por un lado invadieron por otro,

retirándose con un gran botín; el coronel Levalle, jefe de las fuerzas, salió en su persecución y les dió una sabieada memorable quitándoles buena parte de los arreos, pero inutilizó todos sus caballos y tuvo que volver a incorporarse al Dr. Alsina con los recados al hombro como se decía en la frontera cuando el soldado que había perdido su caballo hacía un envoltorio de su apero y lo cargaba al hombro a guisa de mochila.

El indio era guerrero por conveniencia y no por afición, mientras podía eludir la batalla con las fuerzas regulares, lo hacía a costa de cualquier sacrificio, porque el honor y gloria del cacique consistía en volver con el mayor botín y la menor pérdida de soldados; pero peleaba hasta morir para defender el producto de sus malones y la chusma que lo conducía, que cuando regresaba a las tolderías marchaba siempre a vanguardia, quedando a retaguardia los guerreros para defenderla. Asegurado el botín, huía siempre, cuidando de hacerlo por el terreno más guadaloso o arenoso donde sabía que se inutilizarían pronto los caballos de sus perseguidores.

Cuando no podía eludir la batalla, peleaba con un ardor, denuevo y encarnizamiento furibundos y moría con el estoicismo de un romano. Sus cargas de caballería llevadas en medio de una gritaría y algazara espantosas y una alarida estridente y ensordecedora, era el terror de la guardia nacional y soldados bisoños que quedaban como paralizados de espanto y no atinaban ni a huir siquiera dejándose lancear o degollar como corderos. Las deserciones estaban a la orden del día en el ejército y los desertores y derrotados llevaban la voz de que las cargas de caballería eran irresistibles y los indios invencibles; el pánico cundía y llegó a creerse como artículo de fe en el poder omnímodo de los indios que tenían tras sí todo el desierto inmenso, desconocido y misterioso.

Después del caballo, la estrategia de los indios no tenía más fundamento que el perfecto conocimiento del terreno en que operaban; eran baquianos habilísimos y conocían todas las rastrilladas, caminos, sendas, guadales, arenales, lagunas, aguadas y puntos donde había buen pasto y leña abundante, por más que ellos no hacían fuego cuando salían a malón, porque el humo los delataba a la distancia. Conocían los árboles de los montes y los médanos del desierto como la palma de la mano y marchaban lo mismo de noche que de día sin extraviarse ni perder el rumbo jamás; salían

en línea recta al punto que querían y se orientaban en las grandes cerrazones de la pampa por un secreto y misterioso instinto con más seguridad que si dispusieran de una brújula.

En cuanto a las armas, no usaban más que la lanza, las boleadoras y la bola pampa, perdida o arrojadiza que manejaban con destreza y pericia sin igual, y en los combates que sostenían con las fuerzas regulares hacían estragos con la lanza. Las boleadoras y la bola pampa las reservaban para la persecución de los fugitivos que rara vez escapaban de caer en sus manos y entonces los mataban a bolazos o lanzazos. La flecha no la empleaban sino para incendiar las casas techos de paja cuando estaban rodeadas de fosos y no podían llegar a ellas para saquearlas.

En los combates, que se reducían a sus formidables cargas de caballería, atacaban con un ímpetu y furor incontenibles, y aunque quedara el suelo sembrado de cadáveres por el fuego de fusilería de las tropas, llegaban hasta ellas con más ardor y se producía el entrevero y la lucha cuerpo a cuerpo y al arma blanca que ocasionaba carnicerías espantosas en ambos bandos. Los indios peleaban a lanza y bolas y las tropas a sable, lanza, facón y bolas porque en los entreveros resultaban inútiles las armas de fuego. En estos combates era el valor personal, la sangre fría y la destreza y agilidad de los combatientes lo que decidía la victoria que siempre costaba muy cara al que la obtenía.

Otro expediente a que recurrían los indios era el incendio o quemazones de los campos por donde tenía que pasar el enemigo, para detener momentáneamente la persecución y obligarlo a luchar con el fuego mientras ellos huían y se ponían a salvo. Este recurso les dió muchas veces resultados admirables porque mediante él convirtieron una derrota en una victoria, ya que la victoria para los indios consistía solamente en quedarse con los arreos y demás efectos y prendas del botín.

LOS MALONES. — Malón llamaban los indios al acto de invadir con un verdadero ejército, entrar de sorpresa y a sangre y fuego en las poblaciones y estancias, robar cuanto podían, matar a los que se resistían, cautivar las mujeres y los niños, llevar todas las haciendas que encontraban y quemar lo que no podían llevarse. Estos malones eran el terror de los moradores de la campaña por la fe-

rocidad de que hacían gala los indios y las crueldades que cometían, y algunas veces alcanzaron contornos pavorosos como hemos de verlo en seguida. Estas invasiones que constituían el flagelo secular de las estancias, eran humillantes para el habitante de la campaña y una afrenta a la civilización, y había que acabar con ellas de cualquier modo.

Maloquear era el acto de salir en pequeñas partidas a recorrer los campos, y con el pretexto de bolear guanacos, avestruces o gamas, saquear a los transeuntes que hallaban en el camino matándolos en caso de resistencia y volver con algún botín. Estas partidas volantes, livianas y ágiles, abarcaban grandes extensiones de campo y eran tan temibles para las mensajerías, galeras o carretas que cruzaban el desierto como los malones para las estancias. En estas correrías tenían los indios el buen tino de no atacar cuando los transeuntes eran más fuertes o estaban mejor armados que ellos; y algunas veces eran rechazados porque los que se aventuraban a cruzar el desierto eran hombres capaces de defender su vida e intereses con las armas en la mano y abrirse paso por entre las lanzas o morir en medio de ellas.

Relatar todos los malones llevados a cabo por los indios desde 1810 hasta su completo sometimiento en 1879, sería tarea de nunca acabar; vamos a mencionar aquí solamente los más importantes que justifican ampliamente el procedimiento adoptado por el gobierno para concluir de una vez con esa vergüenza nacional que era un baldón de ignominia para nuestra decantada civilización.

El 4 de diciembre de 1820 el general chileno José Miguel Carrera con 280 forajidos cristianos oriundos de todos los países del mundo y 320 indios ranqueles al mando del terrible Yanquetruz, invadieron el pueblo del Salto a las puertas casi de Buenos Aires, degollaron los hombres, asaltaron la iglesia donde se habían refugiado las madres de familia con sus hijas a las que violaron infamemente en la misma iglesia, en la calle o donde las tomaban, cautivaron 250 mujeres y gran número de niños; saquearon las casas y las quemaron en seguida llevando todas las haciendas. Total: trescientas familias aniquiladas, un pueblo floreciente reducido a cenizas y torrentes de sangre inocente derramada de la manera más cruel e inhumana. Fué como dice López en su historia (tomo VIII, capítulo VII) un atentado inauditamente bárbaro y atroz.

El gobierno de Buenos Aires no pudo tomar medida alguna porque cuando tuvo conocimiento del atropello, los indios habían vuelto ya a sus tolderías; pero Carrera fué pasado por las armas en Mendoza al año siguiente; sin embargo tiene su estatua en Santiago de Chile a la que según el historiador López no le falta más que ponerle en el zócalo: *El Salto en 1820*.

Según una libreta de anotaciones personales que tengo en mi poder y es de puño y letra del señor Apolmarío Rivas que fué Contador de Hacienda en esta ciudad, sus padres vivían en una estancia en Lobos, provincia de Buenos Aires, y a principios de junio de 1824, en una invasión de indios mataron al padre. La señora Mercedes Rivas, hermana del anterior, persona respetable que vivió muchos años en ésta y cuyo testimonio personal invoca como fidedigno el señor Garzón en su "Crónica de Córdoba", me ha referido que a su señora madre junto con otras compañeras la llevaban cautiva los salvajes, pero pudo escaparse y huir cuando después de la borrachera para festejar el triunfo, los indios dormían profundamente; decía que su señora madre estaba grávida y era muy creyente y en ese apurado trance hizo una promesa a nuestra señora de Mercedes, redentora de cautivos, de dar su nombre al hijo que tuviera, y debido a ello era el nombre que llevaba, pues esa fuga fué un milagro de la Virgen; me decía también que hicieron muchos cautivos y llevaron grandes arreos de hacienda. Esta invasión fué anunciada con anticipación al gobierno de Córdoba por el comandante militar de la Concepción (hoy Río Cuarto), y en la nota que envió decía que lo supo por un cacique amigo; que la invasión sería de proporciones colosales porque tomarían parte en ella de 8 a 9 mil indios ranqueles, chilenos y de otras tribus, y que estaban dispuestos a asolar las campañas, no sólo en Córdoba sino también en Santa Fe y Buenos Aires, y quemar todo lo que no pudieran llevar.

En 1826 a raíz de una serie de malones de consecuencias desastrosas para la civilización decía el presidente Rivadavia: "Sólo el poder de la fuerza puede imponer a estas hordas y obligarlas a respetar nuestra propiedad y nuestros derechos." Resolvió entonces invertir los papeles y que los cristianos se convirtieran de invadidos en invasores y dispuso la expedición al desierto bajo el mando del coronel Rauch que llevó instrucciones terminantes del

ministro de Guerra coronel de la Cruz de proceder con toda severidad y energía en el castigo de los salvajes. Demás está decir que este valiente jefe hizo un escarmiento atroz entre las indiadadas, pero los acontecimientos políticos que se produjeron al año siguiente impidieron la prosecución de esta campaña y Rauch que estaba con Lavalle fué muerto en marzo de 1829 por la montonera y los indios al servicio de Rosas y el gobernador López de Santa Fe.

Cuando Rosas se estableció en su estancia "El Pino" al sur de Buenos Aires, militarizó sus peonadas y las de las estancias vecinas para oponer una fuerza eficaz a las incursiones vandálicas de los salvajes; logró hacer respetar las armas cristianas por las corridas que les dió y en su primer salida el año 1823 con 25 de sus gauchos y al frente accidental del regimiento de Blandengues tuvo parte principalísima en el rescate de 150 000 cabezas de ganado que se llevaban los salvajes, haciéndose así de gran ambiente entre los estancieros que miraban en él al único hombre capaz de defender con resultados positivos los intereses de la campaña; hizo también alianza con los indios que merodeaban por las inmediaciones de su estancia y muchas veces ocultó en ella a los caciques que eran perseguidos por los desmanes que cometían sus indiadadas. Fué así cómo consiguió hacerse nombrar Comandante General de la campaña de Buenos Aires y tuvo a sus órdenes militares tan bravos y valientes como los coroneles Rauch y Granada que con sus respectivos regimientos castigaron ferozmente a los salvajes que invadían, imponiéndose por el terror que inspiraban. Los indios temían y respetaban a Rosas y los estancieros buscaban su amistad como una sombra protectora para su persona y bienes. Cuando llegó al poder y se sintió cómodo en él, resolvió expedicionar al desierto para someter al salvaje y librar a la civilización de sus latrocinios y atrocidades, según lo anunciaba, pero su verdadero objetivo era obtener la alianza de los caudillos del interior, formar en la ruda escuela del desierto un ejército disciplinado y aguerrido con el cual dominar a su antojo todo el país y sojuzgarlo: ya sabemos que lo consiguió.

Esta campaña que no fué de resultados positivos para la Nación pero sí para los intereses personales y miras futuras de Rosas, le sirvió para hacer tratados de paz con los indios, que más que tratados de paz fueron verdaderas confabulaciones para perseguir

a los unitarios y ejercer venganzas contra los opositores a su gobierno, porque los indios tenían carta blanca para saquear, incendiar y matar en las estancias de los unitarios; de este modo los indios fueron los más eficaces auxiliares de su política; pues, se armonizaba muy bien la ferocidad de ellos con la crueldad del tirano.

Hasta 1840 se mantuvo inalterable la paz con Calfucurá, y sus indiadas no llevaron malones de importancia a la provincia de Buenos Aires, aunque los ranqueles hacían siempre pequeñas incursiones por Córdoba, San Luis y Mendoza llevándose cuanto podían. Pero una vez que Calfucurá supo que Rosas, que mantenía una guerra implacable con los unitarios, estaba también en guerra con Inglaterra y Francia cuyas escuadras bloquearon el Río de la Plata, lo creyó débil y se alzó en armas contra el tirano y los malones de magnitud aterradora asolaron las campañas de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza. Hecha la paz con las potencias extranjeras destacó Rosas al general Pacheco que en 1846 volvió a someter a las indiadas, y Calfucurá entró nuevamente en alianza con el tirano, lo que no impidió que al día siguiente de Caseros se alzara otra vez en armas y recorriera la Pampa con 5000 jinetes en marcha triunfal.

En los primeros días de octubre de 1837 los ranqueles comandados por el cacique general Painé y su lugarteniente Baigorria ex-oficial de Paz y jefe de un campamento de forajidos cristianos refugiados en Trenel, invadieron el Río Cuarto con 600 hombres armados de lanza y sable y 100 de bolas, y el regimiento "Húsares de la Guardia" que custodiaba el pueblo con algunos guardias nacionales los rechazó después de sangrientos combates que duraron varios días, y aún así no pudieron impedir que llevaran algunos arreos. El regimiento citado que constaba de 348 plazas perdió, entre muertos y heridos, los dos tercios de sus efectivos, pero la matanza de indios fué enorme. No se acobardaron por eso y dos meses y medio después volvieron a repetir la invasión con resultados análogos.

El año 1839 realizaron varias tentativas infructuosas y entonces propusieron la paz que aceptó el gobierno de Córdoba de acuerdo con los de San Luis y Mendoza, y que duró el tiempo necesario para rehacerse y volver a empezar. Esta era maña vieja de los

indios: cada vez que sufrían un castigo de las armas cristianas o no podían realizar sus malones con toda impunidad, proponían la paz que era inmediatamente aceptada por el gobierno que los obsequiaba con grandes regales de vacas, yeguas, aguardiente, azúcar, yerba, etc.; pero eso no era un obstáculo para que a la primera oportunidad se levantaron nuevamente y rompiendo los tratados invadieran con más furor. El mismo general Mansilla que tanto defendiendo a los indios fué víctima de sus felonías, pues cuando volvía de su célebre excursión a los ranqueles después de haber firmado y sellado con toda aparatosidad y pompa unas *paces* que creía inalterables, y antes de salir de sus tierras, recibió aviso de que andaban maloqueando por San Luis.

En 1843 los ranqueles dirigidos por el coronel Baigorria invadieron el pueblo de Cruz Alta que se defendió heroicamente, y si no pudieron hacer cautivos saquearon el templo y se llevaron todas las haciendas. Según el Dr. Zeballos, una cautiva de la localidad que acompañaba a Baigorria y que éste puso en libertad algunas horas antes de la invasión fué la que llevó la noticia, de modo que los vecinos pudieron prepararse, no ser tomados de sorpresa y rechazar el asalto llevado al pueblo.

En 1846 ante las continuas invasiones el gobernador de Córdoba pidió auxilio de vacas y armas a Rosas, pero el tirano que desconfiaba de todo, no le mandó las vacas pretextando que él también las necesitaba para el ejército, y en cuanto a las armas le mandó unos pocos fusiles, carabinas y sables; López se vió obligado a entrar en arreglos con los indios y comisionó al capitán Narciso Arias para que llevara a las tolderías las bases de los tratados de paz y grandes regalos para los caciques. Estando en estas transacciones supieron los indios por un pulpero de la frontera que venía de Buenos Aires una galera débilmente custodiada por una pequeña escolta y con muchas riquezas; salieron varias partidas y una alcanzó la galera en la posta de Tío Pujio, los soldados de la escolta y los postillones huyeron ante el avance de los indios que atacaron la galera, degollaron un joven de 25 años, llevaron cautiva una monja, una señora, dos criadas y un negrito, siendo las dos primeras personas sobrinas de López. El asalto fué provechoso porque la galera traía muchas petacas con ropa y una espléndida

vajilla de plata para el gobernador; por supuesto que los indios se alzaron con todo y se acabaron las *paces*.

Estos pequeños asaltos eran cosa de casi todos los días, cuando no era en un camino era en otro, cuando no era en la campaña de Córdoba, San Luis o Mendoza era en la de Santa Fe o Buenos Aires. En una invasión que llevaron las ranqueles a Malargüe en Mendoza, las doce mujeres que había en la población se encerraron en una pieza, y los indios las quemaron vivas allí mismo después de dar buena cuenta de los hombres.

Muchas villas aisladas en ese tiempo en medio del desierto y hoy pueblos y ciudades florecientes, sufrieron más de una vez el asedio de los indios, entre las que pueden mencionarse a San Rafael de Mendoza; San José del Morro, Villa Mercedes y San Luis en la provincia de este nombre; La Carlota, Río Cuarto, Achiras, Villa María y Villa Nueva en la de Córdoba; Melincué en la de Santa Fe; El Azul, Olavarría, 25 de Mayo y Junín en la de Buenos Aires y muchas otras. Los habitantes de Achiras que tenían bien sentada fama de bravos y a los que se llamaba los *Achireros*, rechazaron más de una vez con todo éxito los asaltos. En la Carlota hay un monumento en homenaje a los caídos en la guerra con los indios que tiene una placa con los nombres de sesenta vecinos muertos en defensa del pueblo. En una invasión que realizaron los ranqueles por Río Cuarto y Villa Nueva se llevaron doscientos cautivos, y en otra, según parte del coronel Gorordo al Ministerio de Guerra y Marina, se llevaron cincuenta familias cautivas.

En Marzo de 1847 llevaron los ranqueles dirigidos por Painé y Baigorria una invasión a San Luis, pero el gobernador de la provincia que tuvo conocimiento oportuno de ella salió a esperarla con fuerza numerosa, destacó como avanzada exploradora una compañía del Regimiento de Dragones que fué sorprendida de noche por los indios y lanceada en su totalidad sin que escapara vivo un solo hombre. Siguió la invasión a San José del Morro donde entró a sangre y fuego como de costumbre, y después de matar algunos vecinos se retiraba con muchos cautivos y un inmenso arreo de ganados, cuando las fuerzas del gobernador y la de algunos fortines del Río Quinto les dió una terrible sableada, les quitó varios cautivos y gran parte de los arreos y los indios huyeron con el resto

del ganado dejando 120 muertos y más de 80 heridos que abandonaron cobardemente. En esta acción recibió Baigorria un sablazo del capitán Juan Saa que había sido su vasallo en Trenel, que a poco le parte el cráneo, y cuya cicatriz conservó toda su vida. Las pérdidas de los cristianos fueron también numerosas.

Cuando en 1871 el Congreso Nacional dictó una ley estableciendo la capital federal en Villa María que era en esa época una aldea pampeana, Sarmiento que estaba de presidente la vetó en un sustancioso mensaje en el que entre otras cosas decía: “Sería “tentar a la Providencia el poner por diez años el gobierno nacional en los campos, sin que tenga siquiera los medios de civilizar “lo que le rodea””.

El Senado insistió en su primera sanción, no así la Cámara de Diputados en la que no hubo los dos tercios necesarios, y la ley no pasó; sin embargo la cuestión capital siguió apasionando los ánimos, la prensa y los políticos opositores atacaban a Sarmiento con toda clase de argumentos por el veto, cuando se tuvo conocimiento en Buenos Aires que pocos días después (octubre del 71) un malón de indios entró a saco en Villa María, incendió las casas, mató muchos pobladores y cometió los mil desmanes que acostumbraban. Un periódico satírico publicó una caricatura en la que aparecían dos salvajes a caballo llevando atravesados por delante uno a Sarmiento y el otro a su ministro Vélez Sársfield, en fuga desesperada hacia el desierto. ¡El presidente de la república y su ministro rapados por el malón en la misma capital! Martín Fierro tuvo razón cuando decía de los salvajes:

Viene a tierra de cristiano
Como furia del infierno;
No se llevan al gobierno

Porque no lo hallan a mano.

Este acontecimiento desgraciado vino a apagar los bríos de los partidarios de la capital federal en Villa María, y la cuestión se olvidó pronto.

Pasaremos ahora a los verdaderos malones. Hemos dicho ya que después de Caseros y desaparecido el poder de Rosás, Calfuera se creyó desligado de sus compromisos con el gobierno de Buenos Aires, rompió con su lanza los tratados de paz y se alzó en ar-

mas contra el nuevo poder de la Nación y al frente de 5000 jinetes recorría y asolaba las pampas como dueño y señor de vidas y haciendas. En 1855 asaltó el pueblo del Azul, asesinó 300 vecinos en las calles, lo saqueó y arreó todas las haciendas. El clamor de las poblaciones aterradas resonó en Buenos Aires y el entonces coronel **B. Mitre ministro de la Guerra a la sazón**, partió al Azul con las mejores tropas del estado para castigar a los alzados, y aunque derrotó a la vanguardia de Calfucurá, tuvo que volverse sin haber logrado su objeto, dejando en su lugar al general Hornos.

Éste, que estaba preparando su ejército en el Azul, supo que una partida de indios había invadido la estancia de San Antonio de Iraola y después de cometer las depredaciones de costumbre se retiraba con un arreo de 6 a 8000 cabezas; destacó al coronel Otamendi con el regimiento de carabineros de la guardia nacional, fuerte de 185 plazas, para que persiguiera las partidas merodeadoras, pero éstas lo rodearon al llegar a esa estancia y tuvo que encerrarse en un corral de palo a pique donde fué atacado por los indios y bárbaramente asesinado con 184 de sus hombres, salvando uno solo que, mal herido, pudo escapar como para contar el cuento.

Hornos formó su ejército y en 1856 salió dispuesto a escarmentar severamente a Calfucurá. Ya hemos visto cómo la habilidad y estrategia de este cacique lo llevó a presentar batalla en un tembladeral y fué ruidosamente derrotado, no por falta de pericia del jefe o valor de la tropa, sino por desconocimiento completo del terreno en que operaba. Abandonó el campo dejando en él 18 jefes y oficiales y 250 soldados muertos, 280 heridos y gran cantidad de caballos, armas y municiones.

Después de esta victoria Calfucurá parecía invencible y fué reconocido como el genio de la Pampa; sus hordas recorrían triunfantes y a son de malón el sud de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Cuyo, sin encontrar obstáculos en su marcha ni fuerza capaz de oponerse a sus incursiones.

Hornos, que además de ser todo un valiente tenía una actividad prodigiosa, se rehizo pronto del desastre sufrido y con los restos de las mejores tropas que le quedaron, continuó persiguiendo a los salvajes con resultado favorable unas veces y adverso otras, pero logró aminorar los estragos de los malones.

En 1857 fué nombrado jefe de las fuerzas de la frontera el

coronel Emilio Mitre que había asistido como jefe de estado mayor a la batalla de Tapalquén, y allí pudo apreciar la estrategia y manera de combatir de los indios, de modo que instruyó y disciplinó su tropa de acuerdo a la nueva táctica que se había formado y se proveyó de baquianos. Estando en Rojas, su cuartel general, fué invadido el partido por un gran malón que se extendía hasta Pergamino, y los salvajes que se creían invencibles se retiraban tranquilamente con muchos cautivos y un arreo de 60 000 cabezas de ganado. El coronel Mitre salió a batirlos, los alcanzó en Melincué, los deshizo, les quitó muchos cautivos y parte de las haciendas, reivindicando así el honor de las armas cristianas y produciendo una sensación de alivio en los aterrados pobladores de la campaña. El gobierno de Buenos Aires sostenía que este triunfo del coronel Mitre no había tenido el éxito auspicioso que se esperaba de él, porque la invasión fué favorecida por las fuerzas de la Confederación, a cuyo amparo se rehicieron los indios y pudieron llevarse 40 000 cabezas de ganado y la mayor parte de los cautivos.

El año 1858 fué de tregua, pero el 59 los argentinos estaban muy ocupados con sus luchas intestinas y empeñados en matarse unos a otros; ambos bandos, la Confederación y Buenos Aires, procuraban atraerse al enemigo común que esta vez estuvo con Urquiza que contaba entre sus filas al bravo coronel Baigorria que estaba a su servicio con su regimiento 7 de caballería y otro de ranqueles. Mientras tanto Calfucurá que veía despejado el horizonte recorría triunfante la provincia de Buenos Aires con malones de magnitud aterradora; llegó al pueblo del Azul que saqueó a mansalva, aunque respetando vidas, y se retiró tranquilamente con inmensos arreos, en cantidad tal que los mismos vecinos dijeron después al Dr. Zeballos "que desde las azoteas del pueblo no se divisaba en " los campos, sino cielo y ganados".

Después de la batalla de Cepeda que puso fin a la guerra civil, Calfucurá se refugió en sus tolderías de Salinas Grandes para disfrutar el producto del malón, sin que nadie lo molestase.

En 1867 el Congreso Nacional ante el clamoreo de las poblaciones rurales aterradas y en la imposibilidad de dar amplia satisfacción a sus constantes y continuas demandas de auxilio, respondió con estas palabras de aliento: "Ni la Nación ni el Congreso pueden consentir por más tiempo que los bárbaros de la Pampa,

“ con violación de los tratados más solemnes, sigan asolando y destruyendo nuestras poblaciones fronterizas. Es evidente que un remedio actual e inmediato se necesita para que desaparezca ese violento, ese espantoso estado de cosas”. Y se dictó en consecuencia la ley de conquista del desierto y ocupación del Río Negro, ley ilusoria desde el momento que no creaba los fondos necesarios para hacerla efectiva, pero servía por lo menos para hacer concebir esperanzas.

El año 1861 el coronel Baigorria que no podía olvidar el feroz sablazo que le dió Saa en 1847, no quiso servir a sus órdenes como se lo mandara Urquiza y se pasó con sus dos regimientos citados a las filas de Mitre a cuyo lado peleó en Pavón y fué el héroe de la jornada según Sarmiento. De modo que el recuerdo inolvidable de un sablazo bien dado hizo cambiar la suerte de la República, porque es indudable que la acción de Baigorria con sus dos regimientos de caballería fué decisiva en la batalla de Pavón.

Llegado el general Mitre a la presidencia en 1862, tuvo que luchar con los montoneros en el interior y con el tirano del Paraguay en el exterior y no pudo así distraer fuerzas para oponer a los salvajes que aprovechando la oportunidad invadían sobre seguro; por eso dice el Dr. Zeballos: “Referir los cuadros de sangre y las ruinas que los indios produjeron, desde 1862 a 1868, en las fronteras del interior y de Buenos Aires, sería materia de un libro voluminoso, apropiado para acongojar corazones”.

A principio de marzo de 1872 Calfucurá aliado con los indios chilenos y al frente de 6 000 jinetes recorría las pampas como dueño y señor absoluto, y después de algunas bravuconadas contra el gobierno nacional al que intimó el inmediato desalojo de Choelechoel por la expedición que había ido a reconocer esa isla, invadió el sur de Buenos Aires por el Azul y 25 de Mayo arrasando las poblaciones; mató 300 vecinos, hizo 500 cautivos y se llevaba un colosal arreo de 100 000 vacas, 30 000 yeguas y 20 000 ovejas que levantaban una polvareda que obscurecía el horizonte y que entregó a los 2 500 indios de chusma que tenía con ese objeto, mientras él con los 3500 de lanza se quedaba atrás para defenderlos.

El general Rivas con los coroneles Ocampo, Boer y Leyría que guarnecían la frontera no alcanzaban a reunir 700 hombres de los

cuales 300 eran guardias nacionales, pero tenían a su favor 800 indios de Cipriano Catriel y 200 de Coliqueo. Con estas fuerzas que no llegaban a la mitad de las de Calfucurá, resolvió Rivas atacarlo, y cortándole la retirada se enfrentaron ambos ejércitos en San Carlos, empeñándose el más sangriento y reñido combate a lanza, sable, facón y bola, sin ejemplo en estas guerras según el parte oficial. Las fuerzas de Rivas hicieron proezas, distinguiéndose Catriel, a quien se le reconoció el honor de la jornada. Calfucurá fué por primera vez vergonzosamente derrotado y se le quitaron muchos cautivos, 70 000 vacas, 15 000 yeguas y todas las ovejas, viéndose obligado a emprender desesperada fuga dejando en el campo más de 500 indios entre muertos y heridos. El soberbio Emperador de la Pampa, enfermo y abatido, se retiró a sus tolderías donde murió al año siguiente, mientras sus aliados siguieron a Chile a negociar los restos del botín.

Muerto Calfucurá y llegado al trono de Salinas Grandes su hijo Manuel Namuncurá, continuó la política maquiavélica de su padre, invadiendo cuando podía hacerlo con impunidad y proponiendo la paz cada vez que sospechaba que podía recibir un castigo de las armas cristianas, sin perjuicio de levantarse a la primera oportunidad. Producida la revolución de 1874 encabezada por el general Mitre que conmovió a toda la república, creyó llegado el momento de demostrar su poder y levantarse con 5 000 lanzas de las cuales 1 000 por lo menos eran chilenas. Cipriano Catriel que había estado con Mitre en la revolución fué tomado prisionero por las fuerzas nacionales, entregado a sus hermanos para que lo juzgaran y lanceado por ellos en Olavarría; y habiéndole sucedido su hermano Juan José Catriel, desertó de las filas cristianas y se pasó con toda la tribu al campo de Namuncurá. Los ranqueles no entraron en este movimiento porque estaban en paz con el gobierno nacional mediante un tributo que le costaba a éste más de 150 000 pesos anuales.

Mandaba la vanguardia de este ejército el cacique Pineén, bandidero temible, atrevido y audaz, ladrón y asesino, montonero intrépido que campaba por sus respetos y no reconocía ley ni señor; el ala derecha estaba bajo la dirección de Purrán, cacique muy rico del Neuquén que se titulaba gobernador y general y recibía sueldo

del gobierno de Chile *para hacer respetar los intereses y las vidas de sus ciudadanos* (de Chile por supuesto); la reserva, que era también la escolta personal de Namuncurá, estaba formada por las 500 lanzas de Pincén por ser la gente más brava y aguerrida de la Pampa.

Cuando el Dr. Adolfo Alsina ministro de Guerra del presidente Avellaneda tuvo noticias de este levantamiento, partió al Azul a parlamentar con los bárbaros, y luego que creyó conjurado el peligro de invasión resolvió volver a la capital. Fué vilmente engañado porque a sus espaldas invadió Namuncurá por el Azul, Tapalquén y Bahía Blanca cometiendo todo género de actos del más desenfrenado vandalaje; mató 400 vecinos, quemó otras tantas casas, hizo 500 cautivos y se llevaba el arreo más colosal de que haya memoria: 300 000 cabezas de toda clase de ganados.

Los coroneles Freyre y Winter que estaban en las guarniciones más próximas, salieron con toda celeridad al frente de sus escasas fuerzas para oponerse al malón; los soldados iban ya armados a rémington, arma nueva que infundía terror entre los indios y la esquivaban con ahinco por lo que no presentaron batalla y recurrieron a una estratagemá para burlar a los cristianos: mientras unos marchaban adelante con las haciendas más ágiles y livianas, otros se quedaban atrás con las más lerdas y pesadas pero desparramadas en una gran extensión de campo, de modo que las fuerzas nacionales perdieron un tiempo precioso en reunir estos pequeños arreos diseminados que se les entregaban sin resistencia, y cuando acordaron ya los indios habían desaparecido con la mitad de las haciendas; pudieron rescatar solamente 150 000 cabezas (1).

En Marzo de 1876 volvieron a invadir y fué en esa oportunidad que el coronel Levalle les dió la sableada que se ha referido anteriormente, y que no pudo ser decisiva porque en la persecución se inutilizaron los caballos que no estaban acostumbrados a corretear por los terrenos fofos y movedizos del desierto.

Según estadísticas prolijas confeccionadas por hombres serios que se han dedicado a esta clase de estudios y fundadas en documentos fehacientes de los archivos nacionales y provinciales, los in-

(1) Esta es la versión del Dr. Zeballos, pero según el señor Schao Lastra este rescate alcanzó a 225.000 cabezas.

dios en el cuarto de siglo que siguió a la caída de Rosas robaron por lo menos 500 000 cabezas de ganado y causaron perjuicios avaluados en 900 000 000 de pesos con sus asaltos y saqueos a las villas de campaña, incendio y destrucción de poblaciones y estancias, postas, tropas de carretas y demás latrocinios de menor cuantía, pero casi diarios; esto sin contar los innumerables cautivos que hicieron y los miles de soldados muertos en los combates que sostenían continuamente con las fuerzas de la civilización. Según declaración del general B. Mitre en el Senado de Buenos Aires, las tres campañas de Sierra Chica, Tapalquén y Pihué solamente, de 1855 a 1858, costaron 2500 hombres entre muertos y heridos.

Los cautivos se vendían como una mercancía cualquiera, y aunque la constitución había abolido la esclavitud, los indios continuaban practicándola con la auencia o complacencia del mismo gobierno, pues en los tratados de paz que celebraban con él se establecía el precio de 40 pesos por cada cautivo que se entregara; y el año 1857 el Congreso del Paraná votó 25 000 pesos para rescatar cautivos, en realidad para comprarlos.

Los tratados de paz eran más que una vergüenza una verdadera ignominia, porque en ellos se reconocía a los caciques principales como generales de la nación, percibían el sueldo de tales y usaban el uniforme correspondiente, a los caciques de segundo orden se les otorgaba el grado de coroneles o capitanes con iguales prerrogativas, a los indios de lanza se les asignaba el sueldo de 50 pesos mensuales y hasta a las mujeres de la tribu reinante se les acordaba todo género de honores. Esto fuera de los enormes tributos en especies que recibían: vacas y yeguas a millares, prendas de plata y plata en efectivo, ropa, géneros, azúcar, yerba, tabaco, papel de fumar, aguardiente, etc., etc.

Cuando el Dr. Alsina se convenció de que era necesario proceder con más rigor, estableció al coronel Levalle en Carhué para que tuviera a raya al temible Namuncurá; pero este feroz cacique declaró la guerra al presidente Avellaneda y le pasó una nota exigiendo el inmediato desalojo de Carhué, una indemnización de 200 000 000 de pesos y enormes tributos en especie. Alsina temeroso estaba dispuesto a someterse a esta denigrante imposición y abandonar Carhué, pero consultado el caso con Levalle, éste bravo mili-

tar salvó el honor del país y del ejército con esta lacónica y elocuente contestación de verdadero soldado:

“Opino que tenemos el deber de morir en Carhué; pero si el Gobierno resuelve ordenar la retirada, desde luego declaro que no volveré a Buenos Aires, y V. E. puede nombrar al jefe que ha de tener la triste gloria de regresar al frente de la división”.

Carhué no fué evacuado.

A nosotros nos pasaba con los indios lo que a los europeos con los turcos y berberiscos que dominaron más de cuatro siglos en el Mediterráneo, y que con sus continuos actos de piratería hacían punto menos que imposible la libre navegación por el mismo. Allá era una empresa aventurada y peligrosa cruzar ese mar como lo era aquí atravesar nuestras pampas; las piraterías de los berberiscos y los malones de los indios corrían parejas en cuanto a actos de crueldad y vandalismo; los abordajes allá, los saqueos acá y los cautiverios en ambas partes estaban a la orden del día.

Entonces se creía que Argel era inexpugnable y los piratas invencibles porque detrás de ellos estaba toda el Africa desconocida y tenebrosa, y aunque se realizaron varias intentonas de conquista como se expedicionaba con miedo el fracaso quedaba descontado, pues no hay factor más seguro para el éxito que la conciencia de la propia fuerza ya que es sabido que la fe transporta las montañas.

Varias naciones europeas se consideraban dichosas con pagar tributo al dey de Argel para evitar las depredaciones de los corsarios, entre las que se contaba la orgullosa Inglaterra que disponía de una poderosa escuadra y que había fracasado en dos tentativas para conquistar el país.

Ante ese bochornoso estado de cosas, Francia resolvió intervenir enérgicamente, y a mediados de 1830 expedicionó sobre Argel con un ejército de 37 000 hombres que no tardó en dominar a esos otros bárbaros, entró triunfante en Argel y se apoderó de los inmensos tesoros de los deyes con los que no solamente alcanzó a pagar los gastos de la expedición sino que le quedó un remanente que se apropió en buena ley porque era el producto de los robos y depredaciones de los piratas.

El Mediterráneo quedó así libre de corsarios y la navegación por el mismo en condiciones de seguridad para todo el mundo civi-

lizado que pudo desarrollar sin trabas y con toda amplitud su comercio. El territorio de Argel se transformó en una colonia próspera y floreciente, la Argelia, hoy enormemente rica y culta y que en mayo de 1930 ha conmemorado solemnemente su primer centenario con grandes fiestas a las que asistió el mismo presidente de Francia.

El inmenso desierto conquistado por el general Roca, de mayor extensión superficial, más feraz y más importante que la Argelia, constituye hoy un emporio de riqueza, civilización y cultura que es el orgullo nacional; y sin embargo su primer cincuentenario hubiera pasado desapercibido para nosotros si el "Centro Militar de Expedicionarios al Desierto" no lo hubiera recordado con una pequeña fiesta familiar.

LA GUERRA CON LOS INDIOS. — Desde el momento de la reedificación de Buenos Aires por Juan de Garay en 1580 comenzó sin interrupción la guerra con los indios. Los conquistadores españoles fueron estableciendo fortines, avanzando gradualmente hacia el desierto, rechazando a los indios hacia el interior del continente o tierra adentro como decían ellos, y ganando terreno poco a poco pero de una manera continua.

Este sistema de avances paulatinos por zonas sucesivas, interponiendo poblaciones entre los fortines que se dejaban atrás y los que se construían más adelante, era de efectos seguros pero muy lentos para la conquista, y en las grandes extensiones de fronteras como las que se tenían aquí, resultaba casi impracticable por la escasez de población. Este sistema, más que una guerra de conquista era una guerra defensiva contra los indios y fué el único empleado por los españoles y seguido por los gobiernos independientes que le sucedieron.

Después de la organización nacional y ante los repetidos y terribles malones de los indios que hemos relatado ya, se comenzó a pensar seriamente en este asunto y se llegó al convencimiento de que el sistema español de avances sucesivos no era el más conveniente para resolver de manera definitiva el problema secular del desierto. Los dos hermanos Mitre sostenían que como el sistema defensivo no daba resultados estables y seguros, debía abandonarse y adoptar en consecuencia la guerra ofensiva.

En 1863 se discutió en el Congreso Nacional este delicado asunto y el señor Oroño diputado por Santa Fe que era el hombre más versado en estas cuestiones, defendió con calor el sistema español y terminó diciendo: "Pretender llevar nuestra línea de fronteras al Río Colorado es pretender una quimera".

El poeta Mármol que también era diputado replicando al señor Oroño decía: "El único medio de salvarnos del peligro de las invasiones es intentar una guerra ofensiva, porque el sistema defensivo sólo nos ha dado funestos resultados". Pero el Congreso no tomó en consideración esta opinión de Mármol porque viniendo de un poeta debía ser de un completo lirismo.

La cuestión fronterera quedó en el mismo estado y los indios continuaron con sus invasiones, saqueos, incendios y matanzas, mientras los soldados de los fortines no hacían más que defender sus vidas, porque como eran siempre muy pocos no podían hacer otra cosa.

Los que defendían el sistema español se fundaban en que el desierto era habitable solamente por los indios y que el hombre civilizado no podía vivir allí como lo probaba el fracaso de las expediciones militares en forma que se habían llevado a cabo. Pero el fracaso de las tres campañas de Sierra Chica, Tapalquén y Pihué fué debido a la falta de caballos acostumbrados al suelo desparejo y movedizo de las pampas y a la carencia de baquianos en el ejército que conocieran palmo a palmo el desierto: había que evitar los guadales y arenales que aniquilaban las caballadas y buscar los lugares apropiados para acampar donde hubiera agua para los hombres y las bestias, pastos para éstas y leña para los fogones, tres cosas difíciles de aunar sino se disponía de baquianos expertos. El general Mansilla en su excursión a los ranqueles dice que llevaba uno tan hábil que conocía los vientos por el olor.

El general Emilio Mitre en su expedición estuvo a punto de perecer de sed con todo su ejército a fines de enero de 1858 sino acierta a dar por casualidad con una laguniña que era más bien un pantano por lo que los indios llamaban Chapadco que quiere decir aguada del pantano y que el general Mitre la bautizó con el nombre de laguna de la Providencia; y a pesar de eso hubiera perecido sin remedio a no haber tenido algunos *rumbecedores* que con el mayor José Benito Valdez, más conocido por Baldebenites, fue-

ron con todos los chifles y caramañolas del ejército a traer agua de una laguna que habían dejado atrás. Tuvo que abandonar sin embargo alguna pieza de artillería y varias cargas de municiones.

Los baquianos escaseaban en el ejército porque eran generalmente hombres que estaban al margen de la ley, ya por haberse *desgraciado* en un duelo criollo, es decir muerto al adversario, o por andar cuatreriando en las estancias, y que perseguidos por la justicia ganaban el desierto como ellos decían y se refugiaban entre los indios que siempre acogían bien a los cristianos que se pasaban voluntariamente a las tolderías, donde se les proporcionaba alojamiento y comida a cambio de que acompañaran a los indios en los malones.

Otras veces esos refugiados eran los perseguidos por la justicia bárbara y sangrienta de los tiempos de la tiranía o los montoneros fracasados que sabían que serían lanceados si caían en poder de sus enemigos. Así fueron a parar a los toldos el coronel Baigorria ex oficial del general Paz que en Mendoza se salvó milagrosamente de ser lanceado por Quiroga y los tres hermanos Saa de San Luis, todos los que volvieron más tarde a la civilización. El primero, que vivió veintidós años en el desierto, formó un campamento de refugiados cristianos en Trenel y dependía del cacique ranquel Painé. Estos cristianos no tenían de tales más que el nombre porque en lo demás eran tan salvajes como los mismos indios, y para probarlo basta citar este solo hecho: en una evasión de los refugiados de Trenel Baigorria los persiguió y una vez alcanzados pasó a degüello a los hombres y se volvió con las mujeres; como una de éstas tenía un chico de pecho y estaba sin él, el coronel le preguntó que había hecho de la criatura y aquella desalmada le contestó con la mayor naturalidad que temiendo que se le cansara el caballo, ¡lo había tirado vivo en la travesía!

Sin abandonar el sistema español de conquista el gobierno fué aumentando el número de fortines y avanzando con ellos hacia el interior del desierto para garantizar la vida e intereses de la población cada día más numerosa; pero siendo tan extensas nuestras fronteras, quedaban siempre entre los fortines grandes espacios **desguarnecidos** por donde entraban y salían los indios con toda impunidad, burlando así la acción de las fuerzas encargadas de contener las invasiones.

La vida de los soldados en los fortines era una vida de privaciones, necesidades y penurias sin cuento, y hoy no alcanzamos a comprender cómo podían vivir en ese aislamiento y desamparo, careciendo muchas veces hasta de lo más necesario, casi desnudos, helados en invierno y abrasados en verano, comiendo los animales que podían cazar en el campo, sin respetar más especie de la fauna del desierto que las víboras y los sapos; pero siempre contentos, siempre prontos al sacrificio y dispuestos a exponer sus vidas en las cruentas luchas con el salvaje, sin más esperanza de recompensa que la satisfacción del deber cumplido.

Las penalidades del servicio y la estrictez de la disciplina militar llevaba a la desesperación a muchos soldados que desertaban de las filas sin medir las consecuencias de tal acto, pues si lograban escapar a la persecución estaban condenados a perecer de hambre o sed en el desierto o a ser devorados por los tigres, muy abundantes en esos tiempos, y si eran alcanzados sabían que serían fusilados irremisiblemente. Sólo el coronel Levalle que era un gran psicólogo y conocedor de la modalidad de nuestros criollos logró contener las deserciones con un procedimiento muy propio de él. Estando de guarnición en Carhué se le desertaron tres soldados que fueron aprehendidos en seguida; llevados a su presencia hizo formar el batallón colocando a su frente a los tres desertores, y cuando todos esperaban la orden de ejecución inmediata como correspondía, escucharon esta alocución:

“Camaradas!: Esos cobardes han perdido el derecho al honor de ser pasados por las armas”.

Los desertores fueron puestos en libertad pero no formaron más en el batallón y quedaron en el fortín como parias, donde vagaban humillados y cubiertos de vergüenza sirviendo de escarnio a sus ex compañeros y de ejemplo a los que tuvieran intenciones de imitarlos. Es excusado advertir que con esto se acabaron las deserciones.

En 1876 cuando el mismo coronel Levalle salió en persecución de los indios y les dió la famosa sableada a que hemos aludido antes, proclamó a las fuerzas con estas inolvidables palabras:

Camaradas de la División del Sur!

No tenemos yerba, ni tabaco, ni pan, ni ropa, ni recursos, ni es-

peranzas de recibirlos... ¡Estamos en la última miseria; pero tenemos deberes que cumplir!

Cuando el autor estudiaba historia contemporánea en el Colegio Nacional de Monserrat se seguía el conocido texto de Ducrouday, que como buen francés era un gran *chauvinista* y allí conocimos mejor a Napoleón I que a San Martín, puesto que aprendíamos de memoria las proclamas de aquel a su ejército como un modelo de oratoria militar; entre esas proclamas se encontraba la dirigida al ejército de Italia que dice:

“Soldados: Estáis mal alimentados y casi desnudos; el gobierno os debe mucho y no puede daros nada; vuestra paciencia y denuesto os honran, pero no os procuran ni gloria ni ventajas. Yo voy a llevaros a las llanuras más feraces del mundo, donde encontraréis honor, gloria y riquezas. Os faltaría valor, soldados de Italia?”

Compárese ésta con la de Levalle y se verá que en la última se estimula el patriotismo a base de promesas de honor, gloria y riquezas, y en aquélla a base de deberes que cumplir. Siendo ambas de corte militar impecable, en la de Levalle resplandece el más puro y desinteresado patriotismo, mientras que la de Napoleón revela una desmedida ambición y un interés material impropio de un soldado y es más adecuada para un jefe de bandoleros. Si ésta era un modelo de oratoria militar, ¿qué será la primera? Pero como Levalle era nuestro nadie se acuerda de él porque aquí se estudia mejor lo exótico que lo propio.

Todos los candidatos a la presidencia de la República posteriores a la organización nacional prometían en su plataforma electoral y en sus discursos y programas de gobierno la solución radical e inmediata de la árdua cuestión de las fronteras en la que habían fracasado las mejores reputaciones militares del país y que constituían desde siglos atrás la constante preocupación de los gobiernos y la eterna pesadilla de los habitantes de la campaña que carecían de seguridad para su vida e intereses, pues estaban continuamente expuestos a los malones de los indios que arrasaban con cuanto encontraban y no podían llevar, como se ha expresado ya.

Llegado a la presidencia el Dr. Avelianeda en 1874, nombró ministro de Guerra al Dr. Adolfo Alsina que decidió afrontar con todo entusiasmo la palpitante cuestión de las fronteras; pero quería resolverla con criterio de abogado, es decir, con la ley en la

mano, lo que no era posible porque los bárbaros no reconocían más ley que sus instintos salvajes y sus inveterados hábitos de rapiña. Comenzó por celebrar tratados que los indios violaron infamemente, y mientras más prudencia y circunspección empleaba con ellos más se ensorbecían los salvajes que atribuían a miedo las ideas humanitarias del Dr. Alsina, llegando en su arrogancia a declararle la guerra al presidente Avellaneda, intimarle el inmediato desalojo de Carhué, exigir inmensos tributos y llevar a cabo el más formidable malón de que haya memoria como hemos visto ya.

El plan del Dr. Alsina, fundado en falsos sentimientos humanitarios, no quería la guerra con los salvajes sino defenderse de sus invasiones y depredaciones, y al mismo tiempo que ordenaba el licenciamiento de la guardia nacional que custodiaba las fronteras, movilizaba millares de vecinos para la construcción de las obras de defensa ideadas por él y que consistían en un ancho foso o zanja con muralla interior, alambrados y cercos vivos de pencea o cina-cina que los indios derribaban con la mayor facilidad y pasaban como si fuera campo abierto. El gasto de dinero resultaba inútil y estéril el sacrificio de vecinos desde que la zanja y demás construcciones defensivas no eran obstáculo para las incursiones de los salvajes.

El Dr. Alsina quería convencer a los indios, por la persuasión, de que debían respetar los tratados que como hemos visto ya eran humillantes para la civilización, pero los salvajes celebraban los tratados para ampararse en ellos, percibir los tributos acordados por el gobierno y no para cumplir las condiciones impuestas a su parte; ellos no entendían ni comprendían otro argumento que el que se les imponía por la fuerza. En este orden de ideas el Dr. Alsina fué derrotado por la barbarie.

Cuando quiso llevar la civilización más allá de los límites reconocidos en ese tiempo, pidió autorización al Congreso en las primeras sesiones de 1875 para invertir hasta “doscientos mil pesos fuertes para fundar pueblos, establecer sementeras, formar plantaciones de árboles y levantar fortines fuera de las líneas actuales de fronteras”. Condenaba además en el mensaje respectivo las expediciones militares contra la barbarie que consideraba contrarias a la civilización y sólo servían para irritar a los salvajes, exacerbar sus instintos de crueldad y hacer más infranqueable la

barrera que separaba al indio del cristiano; y sostenía también que la ocupación del Río Negro debía ser la última etapa de la campaña civilizadora.

Consultado este plan con el general Roca que era jefe de la frontera sud de Córdoba, dió lugar a una interesante correspondencia epistolar entre ambos que vino a arrojar plena luz en el pleito secular del desierto.

Si el Dr. Alsina discurría como abogado el general Roca opinaba como militar y le replicaba: “Los fuertes fijos en medio del “ desierto, matan la disciplina, diezman las tropas y poco o ningún “ espacio dominan. Para mí, el mayor fuerte, la mejor muralla “ para guerrear con los indios de la Pampa y reducirlos de una “ vez, es un regimiento o una fracción de tropas de las dos armas, “ bien montadas, que anden constantemente recorriendo las guar- “ ridas de los indios y apareciéndoseles por donde menos lo puen- “ sen”. En una palabra, el general Roca era partidario de la guerra ofensiva a la que había que darle carácter nacional para estimular el patriotismo de los soldados, y sostenía que el primer paso que debía darse en este sentido era la ocupación del Río Negro para la que bastarían 2 000 hombres a lo sumo.

Todas estas cosas se sabían en las tolderías porque los caciques disponían de diplomáticos sagaces y habilísimos y de un cuerpo de espionaje perfectamente organizado que los tenían al corriente de todo lo que pasaba en el seno de la civilización y en las altas esferas del gobierno. Y cuando se quedaban con dudas o no podían penetrar los grandes secretos de estado, mandaban una embajada a parlamentar con los poderes públicos de la Nación, que se demoraba el tiempo necesario para tomar lenguas y averiguar todo lo que les convenía.

Cuando Namuncurá declaró la guerra al Dr. Avellaneda y después del formidable malón con que inició su campaña, mandó una numerosa y selecta embajada a Buenos Aires para entrar en negociaciones con el Dr. Alsina sobre la evacuación de Carhué, y que no realizó otras gestiones que las de imponerse del estado de zozobra en que se encontraba la República y los temores de revolución cada día más inquietantes. Mientras esta embajada entretenía con conversaciones inútiles a los hombres de gobierno de la capital, Namuncurá no perdía el tiempo y constituía nuevamente la gran

coalición de todas las tribus de la Pampa y obtenía la alianza de las tropas chilenas que contribuían a engrosar su ejército con varios miles de lanzas. La embajada no teniendo que hacer ya, resolvió volver a las tolderías sin haber llegado a nada práctico desde que estimaron que el gobierno estaba tambaleante.

Los indios envalentonados resolvieron asaltar los fuertes, y aunque tomaron alguno de escasa importancia, en los demás fueron rechazados pero quedaron dueños del campo pues la victoria de las fuerzas nacionales era solamente dentro del recinto fortificado. Tenían ya un cuerpo de tiradores armados a rémington formado por indios chilenos y cristianos renegados con el que considerándose más fuertes se volvieron más audaces.

Entonces comprendió el Dr. Alsina que había fracasado en su intento de atraer a la barbarie; que mientras más sinceridad y cultura había desplegado en el trato con los indios, más perfidia y grosería había encontrado en ellos, que al guante blanco que él les tendía le respondieron con el bolazo brutal; y que sería más fácil hacer entrar a martillazos una espina en la plancha blindada de un acorazado que una idea civilizadora en la mente de un indio.

Resolvió entonces, obligado por las circunstancias y la fuerza de los hechos, renunciar a su sueño dorado de celebrar tratados estables y duraderos con los indios y atraerlos a la civilización, y dispuso llevarles la guerra ofensiva, única manera de acabar con sus incendios, saqueos y matanzas y librar a los pobladores rurales de la constante amenaza del malón que constituía el terror de ellos e impedía la formación de estancias y el avance del progreso. De acuerdo con sus nuevas ideas, en octubre de 1877, lanzó a Levalle contra Namuncurá, a Winter contra Catriel y a Villegas contra Pincén, que hicieron un desparramo en las tolderías, huyendo las indiadadas a refugiarse en los montes y abandonando las feraces llanuras que ocupaban a la labor fecunda de la civilización. El mismo Dr. Alsina fué el primer sorprendido de la facilidad con que se habían llevado a cabo estos ensayos de guerra ofensiva, cuando él creía que los indios iban a oponer una resistencia desesperada y tenaz; pero no pudo seguir adelante en esta cruzada redentora porque murió el 29 de diciembre del mismo año.

LA CONQUISTA DEL DESIERTO: ROCA. — Desaparecido el Dr. Al-

sina, el presidente Avellaneda llevó al Ministerio de la Guerra al general Roca, el hombre más capacitado para continuar la obra de la conquista del desierto iniciada con tan buen éxito por aquél, pues tanto el presidente como el nuevo ministro eran unos convencidos que la grandeza y prosperidad del país dependía de la extirpación de los malones y el completo sometimiento de las indiadadas, a fin de inspirar confianza a los pobladores de la campaña, fomentar el establecimiento de nuevas estancias y llevar los beneficios de la civilización a los últimos confines del desierto.

Mientras el general Roca fué jefe de la frontera sud de Córdoba, había estudiado todos los itinerarios que siguieron y cartas geográficas que confeccionaron los hombres que en diversas épocas cruzaran el desierto, ya fueran hombres de ciencia como Darwin, Moussy y Azara, oficiales españoles como Viedma y Villarino, o simplemente viajeros ávidos de aventuras. Llevó como baquiano y lenguaraz al coronel Baigorria, que viejo y achacoso ya, no servía para la guerra, pero era un elemento indispensable por sus vastos conocimientos del desierto y las indiadadas que lo poblaban, a la vez que el más experto de los baquianos como que había vivido veintidós años entre los salvajes y llevado muchos malones a tierra del cristiano. En sus continuas correrías por el desierto y en las largas noches de los campamentos puso al corriente al general Roca de la mentalidad y estrategia de los indios, ubicación de las tolde-rías, lanzas y chusma con que contaba cada una, distancias que las separaban, caminos que las unían, aguadas que se encontraban en los campos y demás datos que podía proporcionar el baquiano.

Así llegó el general Roca a tener la información más exacta y completa del desierto: conocía la posición precisa de cada tolde-ría y el número de habitantes con que contaba, la ubicación cierta de cada cacique principal y los secundarios que dependían de él, la extensión de campo que dominaban, las rastrilladas que seguían en sus malones y el destino que daban a los incesantes robos que hacían; los caminos y sendas que cruzaban el desierto, la situación de las vertientes, arroyos, ríos y lagunas, los guadales y terrenos de travesía, los oasis, los montes y demás características topográficas de las pampas. Fué debido a estos conocimientos excepcionales del medio en que tenía que operar que desde su gabinete de ministro ordenaba los movimientos que debían ejecutar los je-

fes de frontera para reducir a los indios, movimientos que resultaron siempre de una precisión matemática sin que se hubiera producido jamás el más mínimo inconveniente.

Pero no sólo era un eximio baquiano del desierto sino también un profundo conocedor de la mentalidad y psicología de los indios y un estratega superior que practicaba la máxima de los grandes capitanes, de que al enemigo hay que batirlo con sus propias armas, y así se lo decía al Dr. Alsina en una de sus cartas: “yo pienso que se debe avanzar hasta los últimos confines habitados por los indios, en Salinas y territorio ranquelino, no por fuertes fijos, sino por fuerzas ambulantes, movibles como el enemigo que se combate”.

Cuando a mediados de 1878 se hizo cargo del ministerio de la Guerra, acometió con toda decisión, entusiasmo y energía el problema secular del desierto, pues no era tolerable que un puñado de salvajes mantuviera en constante zozobra a la República y en continuo jaque al ejército. Este, que había vuelto victorioso del Paraguay y después de asegurar la libertad de un pueblo hermano víctima de la más vil opresión, no era posible que se cruzara de brazos y permaneciera indiferente ante el espectáculo bochornoso de sentirse dominado, oprimido y vejado por una horda de bárbaros de lanza y bolas.

Principió por cambiar fundamentalmente la faz de la guerra suprimiendo la artillería que dificultaba la rapidez de los movimientos y era inútil contra un enemigo que oponía a ella la dispersión y el desbande; triplicó en cambio las caballadas, verdadera artillería del desierto, pues como hemos visto ya la superioridad del indio en la guerra de fronteras, consistía en su extraordinaria movilidad y en la superioridad de sus caballos. Simplificó el equipo personal de los soldados a fin de que fueran tan ágiles y livianos como los mismos indios y pudieran competir con éstos en la rapidez de las marchas; suprimió las corazas introducidas por el Dr. Alsina que entorpecían los movimientos del soldado y cargaban el caballo con un peso inútil, pues decía que un regimiento veterano armado a sable y carabina rémington era suficiente para deshacer varios regimientos indígenas cuyas largas lanzas eran de difícil esgrima en los entreveros y constituían más bien un estorbo.

Abandonó la excavación de la zanja iniciada por el Dr. Alsina

na que tenía ya cerca de 250 km de largo y la construcción de las demás trincheras ideadas por el mismo, porque la nueva faz de la guerra de fronteras hacía inútil estos recursos; pero aprovechó con habilidad las líneas telegráficas tan acertadamente establecidas por aquél para comunicarse rápidamente con los más lejanos jefes de frontera.

Consecuente con su propósito de terminar de una vez para siempre con las depredaciones de los salvajes, telegrafiaba al coronel Villegas que daba frente a los indios de Pincén: “No deje “ aburrirse en los cuarteles a los oficiales y soldados de su división, “ y desprenda siempre partidas ligeras que vayan hasta los mismos toldos aunque sean de veinte o treinta hombres”. Al comandante García que había vuelto a su cuartel general de Puan después de destruir una toldería, le decía: “Lo felicito por el buen “ éxito de su excursión. Es necesario repetirla a menudo para que “ brar el espíritu de los indios y mantener el miedo y el terror en “ tre ellos”. Y así por el estilo telegrafiaba a los demás jefes

El general Roca al frente del Ministerio de Guerra impartió órdenes a todos los jefes de frontera sobre la nueva táctica adoptada en la guerra con los indios, y muy especialmente sobre las condiciones topográficas del terreno y poder de los indios que tenían al frente y debían dominar. Cada jefe de frontera llegó a ser así un habilísimo baquiano que conocía la dirección que tenía que tomar y los caminos o sendas que había que seguir para no extraviarse y perecer de sed en el desierto. Desapareció de este modo *el terror del desierto* y las fuerzas del ejército no se detenían en la frontera sino que la cruzaban animosamente, llegaban a las mismas tolderías y corrían las indiadas hacia tierra adentro.

Los soldados no permanecían ociosos en los fortines esperando la llegada del malón, sino que efectuaban continuas incursiones hasta los mismos toldos, en partidas ligeras, y después de hacer un desparramo se volvían tan rápidamente como habían ido antes de que el enemigo se repusiera de la sorpresa y se aprestara a la defensa. Y como estas incursiones se repetían con mucha frecuencia y por donde menos se esperaban, los indios vivían en perpetua zozobra y no pensaban en invadir sino en ponerse a salvo con sus familias, refugiándose en los bosques.

Tal fué el resultado inmediato del sistema de guerra implan-

tado por el general Roca: suprimir momentáneamente los malones y su obligada secuela de robos, incendios, matanzas, cautiverios y destrucciones de todo género. Pero él quería más aún: la extirpación total y definitiva de los malones, única manera de asegurar la vida e intereses de los futuros pobladores de esas feraces y dilatadas campiñas que con el andar del tiempo habrían de constituir la grandeza, prosperidad y riqueza de la Nación.

En su correspondencia con el Dr. Alsina le decía que había que oponer a los salvajes “no una zanja abierta en la tierra por la mano del hombre, sino la grande e insuperable barrera del Río Negro, profundo y navegable en toda su extensión, desde el océano hasta los Andes”. Y dando sus vistas sobre la guerra del desierto le manifestaba que había que limpiar la Pampa de indios y arrojarlos al otro lado del Río Negro, frontera natural fácil de mantener; y añadía: “Yo me comprometería, señor ministro, ante el gobierno y ante el país, a dejar realizado esto que dejo expuesto en dos años, uno para prepararme y otro para efectuarlo.....”

Cuando llegó al Ministerio todo el país conocía su modo de pensar sobre la guerra con los indios y tuvo la convicción de que ésta tocaba a su fin, después de tres siglos de cruenta e incesante lucha. Así fué efectivamente: impartió órdenes y dió instrucciones a todos los jefes de la frontera para que reprimieran con rigor los desmanes de las indiadas y las persiguieran hasta arrojarlas a las faldas de los Andes.

A mediados de agosto de 1878 elevó un mensaje al Congreso solicitando un crédito \$ f. 1 600 000 para dar cumplimiento a la ley de conquista del desierto y ocupación del Río Negro dictada en 1867; y para fundarlo decía: “Hasta nuestro propio decoro como pueblo viril nos obliga a someter cuanto antes, por la razón o por la fuerza, a un puñado de salvajes que destruyen nuestra principal riqueza y nos impiden ocupar definitivamente en nombre de la ley, del progreso y de nuestra propia seguridad, los territorios más ricos y fértiles de la República”. Y añadía: “no se explica cómo hemos permanecido tanto tiempo en perpetua alarma y zozobra, viendo arrasarse nuestras campañas, destruir nuestra riqueza, incendiar poblaciones y hasta sitiarse ciudades en toda la parte sud de la República, sin apresurarnos a extirpar el mal

“ de raíz y destruir esos nidos de bandoleros que incuba y mantiene el desierto”.

Hacía notar además que las cuatrocientas sesenta y nueve leguas de fronteras que tenía el país estaban “guarnecidas por setenta jefes, trescientos setenta y dos oficiales y seis mil ciento setenta y cuatro soldados, que cuestan a la Nación en vestuarios, armas, alimentos, sueldos, caballos, etc., \$ 2 361 199 al año, sin contar el valor de las construcciones, alojamientos y zanjas que son necesarias en estos avances periódicos....”

El mensaje pasado al Congreso revela un profundo conocimiento del desierto y las indiadas que lo poblaban, con las características de cada tribu y sus caciques respectivos, a la vez que abre un juicio exacto sobre las cualidades topográficas y riqueza de sus terrenos que incorporados al patrimonio nacional constituirían en un futuro no lejano la prosperidad y engrandecimiento del país. En ese mensaje resalta más la clara visión del estadista que la estrategia del militar.

La Sociedad Rural de Buenos Aires formada por los grandes estancieros de ese tiempo que experimentaban en carne propia las depredaciones de los indios y que venía bregando desde muchos años atrás por la extirpación de los malones, apoyó con todo entusiasmo las ideas y pensamiento del general Roca de ocupar la Pampa y arrojar los indios al otro lado del Río Negro, ofreciendo su concurso material y pecuniario al gobierno.

El proyecto de ley fué calurosamente defendido en la Cámara de Diputados por el general Bartolomé Mitre que conocía perfectamente los procedimientos de los salvajes por haber tenido actuación personal en las luchas con ellos y haberse manifestado partidario de la guerra ofensiva, única manera de dominarlos y asegurar al país una paz estable y duradera. En el Senado actuó Sarmiento de miembro informante de la comisión respectiva y aunque era partidario de la proyectada ley y le prestó su apoyo, no creía que el desierto pudiera dominarse en menos de diez años y consideraba una utopía del general Roca el pretender someterlo en un año; pero Roca que conocía el asunto mejor que nadie, opinaba a ciencia cierta y los hechos le dieron la razón.

Aprobado el proyecto de ley por el Congreso, el ministro hizo funcionar activamente el telégrafo e impartió órdenes a todos los

jefes de frontera para que invitaran a los caciques a someterse con sus tribus a las autoridades argentinas y reconocer las leyes de la Nación, manifestándoles que serían tratados con toda consideración y el gobierno les proporcionaría tierras, animales y útiles de trabajo, debiendo renunciar definitivamente a los malones y acercarse a las líneas de los fortines para quedar bajo la acción de las fuerzas nacionales que los guarnecerían, a fin de que no pudieran cometer más fechorías; previniéndoles al mismo tiempo que los que no aceptaran las condiciones impuestas serían considerados como enemigos y se procedería militarmente contra ellos.

Algunos aceptaron inmediatamente las proposiciones de paz, como el cacique Ramón, el artífice y agricultor pampeano que tanto entusiasmó al general Mansilla, y que custodiado por las fuerzas del coronel Racedo, jefe de la frontera sud de Córdoba, se trasladó con parte de su tribu al Cuero en el departamento General Roca de esta provincia. El cacique principal de los ranqueles, Epumer Rosas, indio altanero, bravo e impetuoso, trató de oponerse al traslado de Ramón, pero fué atacado y hecho prisionero con 300 personas de su tribu por las expresadas fuerzas de Racedo y mandado a Buenos Aires. No quedó así más jefe en el país ranquelino que Baigorrita, el compadre del general Mansilla, que hizo una resistencia desesperada y tenaz, y después de sacrificar a sus huestes en una lucha despiadada y sin cuartel, huyó hacia la Cordillera donde se hizo matar por no querer rendirse.

A Namuncurá como Emperador de la Pampa se le hicieron proposiciones especiales, ofreciéndosele las espléndidas llanuras de Carhué que tanto ambicionaba y que había jurado a su padre moribundo no abandonar jamás, pero no quiso saber nada de sometimiento. Refugiado con su exhausta tribu en Chilihúé fué atacado por las divisiones de Levalle, García y Freire y completamente deshecho huyó hacia la Cordillera donde lo tomaron las fuerzas de Villegas y mandado a Buenos Aires fué internado en Martín García donde lo visitó varias veces el Dr. Zeballos que obtuvo de él muchos e interesantes datos sobre la vida de las tribus del desierto que consignó en sus obras.

Las tribus de Catriel y Pincén, muy diezmadas y castigadas por la guerra, tampoco quisieron someterse, y fueron contra ellas las fuerzas de Winter y Villegas que las deshicieron. Juan José

Catriel se entregó por último con 500 individuos de su tribu; pero algunos lograron escapar como el capitanejo Railef que con dos asistentes, uno indio y otro cristiano, anduvo algún tiempo merodeando por los montes y asesinando sin piedad y a traición a cuanto soldado encontraba a mano; perseguido empeñosamente y hecho prisionero fué fusilado por orden del general Winter. Cuando supo el fin que le esperaba, imploró su vida de rodillas y con lágrimas en los ojos, pero al no hallar piedad, marchó al lugar de la ejecución con toda la arrogancia y altanería de un jefe indio y murió en su ley haciendo honor a su raza.

Pincén, deshecha su tribu huyó a los montes, pero tomado prisionero por las fuerzas de Villegas que lo mandó a Buenos Aires, fué allí objeto de la curiosidad general por ser muy conocido como el bandolero más intrépido e indomable de la pampa. Este feroz saltador y asesino no tuvo jamás un acto de generosidad para los cristianos ni de piedad para los vencidos; era el prototipo del salvaje cruel e inhumano, y talvez por eso y ser el representante más genuino de su raza el Ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico lo ha inmortalizado dando su nombre a una estación situada en nuestra provincia que tiene tantos héroes dignos de ser recordados y que permanecen en el olvido. Sin ahondar mucho en el asunto tenemos al benemérito franciscano fray Marcos Donatti que acompañó al general Mansilla en su célebre excursión a los ranqueles y que consagró su vida a civilizar estos indios; con su mansedumbre y dulzura cristiana, celo apostólico infatigable y su abnegación sin límites, contribuyó eficazmente al sometimiento y civilización de ellos; y según el Dr. Zeballos, el hombre más versado en las cuestiones del desierto, su acción entre los salvajes ha sido más meritoria y decisiva que la de un regimiento de línea. El gobierno de Córdoba realizaría un acto de estricta justicia solicitando de quien corresponda el cambio de nombre de la estación Pincén, un feroz asesino, por el de Donatti, el misionero civilizador del país ranqueleño, dentro del que quedaría la estación expresada. Este cambio de nombre no sería una novedad desde que en las cercanías de esta capital se han cambiado los nombres de las estaciones La Porfía y Destino, que no significaban nada, por dos nombres gratos a Córdoba y acreedores a su gratitud: Coronel Olmedo y Rafael García. En esta forma se recordaría también que en la conquista del de-

sierto han actuado los evangelios como fuerza coadyuvante de las armas, cumpliéndose así la predicción de San Francisco Solano que después de haber recorrido nuestras pampas decía que para civilizar y someter a los indios se necesitaban dos fuerzas: la cruz y la espada.

En el segundo semestre de 1878 y primer trimestre de 1879 las fuerzas que guarnecían las fronteras operando aisladamente pero con toda actividad y eficacia habían limpiado la Pampa de salvajes, deshaciendo las tolderías y arrojando las indiadas al otro lado del Río Negro, cuando no hasta las faldas de los Andes, con excepción de las tribus sometidas a las que el gobierno les dió tierras, animales y demás elementos de trabajo para labrar los campos.

En seguida, y para terminar esta campaña, vino la acción de conjunto en que operaron simultáneamente todas las fuerzas del ejército expedicionario que Roca había distribuido en cinco grandes divisiones estratégicamente colocadas, y que a principios del otoño de 1879 se movieron uniformemente: la primera división bajo el mando directo del general Roca sale de Carhué, llega a la isla de Choele-Choel considerada por los salvajes como la llave del desierto y reconoce los ríos Negro y Neuquén hasta la confluencia del último con el Limay donde establece su campamento general, en el punto en que hoy se levanta la ciudad de Neuquén capital de la gobernación del mismo nombre; la segunda bajo el comando del coronel Levalle sale también de Carhué y llega hasta Trarú Lauquén; la tercera con el coronel Racedo al frente recorre todo el país ranquelino desde el Río Quinto hasta Poitahué; la cuarta con su jefe el coronel Uriburu, parte de San Rafael en Mendoza, recorre las faldas orientales de los Andes y pasa al otro lado del Neuquén; y la quinta al mando del coronel Lagos, se interna en el desierto desde Trenque Lauquén hasta Toay y Naicó.

Estas cinco divisiones que componían un ejército de poco más de seis mil hombres, se mueven al mismo tiempo pero permaneciendo siempre en contacto, fraccionándose y subdividiéndose en innumerables columnas, destacamentos y patrullas de modo de abarcar y batir toda la extensión del desierto y no dejar así un salvaje alzado en el terreno que recorrían, porque estaban tan estratégicamente distribuidas que los indios que huían de una tenían que caer fatalmente en poder de la otra. Y el 25 de mayo de 1879 el gene-

ral Roca levanta su tienda de campaña e iza la bandera argentina en las márgenes del Río Negro, sin temor ya de que pudiera ser arriada ante el avance de las feroces hordas de la Pampa que desaparecieron para siempre del haz de los desiertos argentinos; haciendo así a la Patria, en su día, la ofrenda más grandiosa que se le haya hecho después de su constitución como nación independiente: 550 000 kilómetros cuadrados de superficie. Estos terrenos comprenden las gobernaciones de La Pampa, Río Negro y Neuquén, parte del sud y oeste de Buenos Aires y el extremo sud de Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza.

Un mes más tarde daba Roca por terminada la campaña del desierto y establecía la nueva línea militar de fronteras en el curso superior del Río Negro y en las márgenes del Neuquén, y así lo comunicaba al ministro interino de Guerra con fecha 23 de junio de 1879 desde su campamento en la confluencia del Neuquén y del Limay; y volvió a Buenos Aires después de haber tomado posesión e incorporado a la soberanía nacional los territorios conquistados que constituyen hoy un colosal emporio de riqueza donde se levantan villas y ciudades con varios miles de habitantes en puntos que hace apenas cincuenta años eran desiertos pavorcosos y campos estériles, improductivos y desolados.

El resultado de esta campaña fué la incorporación a la soberanía nacional de la superficie expresada, la civilización de los varios millares de indios que se sometieron voluntariamente, reconocieron y acataron las leyes de la Nación abandonando para siempre los malones dedicándose al trabajo pacífico de los campos. Los que no quisieron someterse fueron tomados prisioneros y destinados al ejército de línea o a la marina, o repartidos en las provincias del interior para dedicarlos a las labores agrícolas o a las faenas rurales, y murieron en su mayor parte víctimas de la tisis, enfermedad desconocida en las tolderías gracias a la carne de yegua que consumían en abundancia según el general Mansilla, aunque los médicos modernos sostienen que se debía más bien a la vida natural y al aire libre que llevaban. Los indios muertos y prisioneros en esta campaña alcanzaron a 14 000. Al mismo tiempo se rescataron más de un millar de cautivos que fueron devueltos a sus hogares y familias, aunque hubo algunos que habían olvidado su nombre de cristianos y el lugar de su procedencia debido al *choc*

nervioso que les produjo el cambio brusco de la vida civilizada a la salvaje del desierto.

Faltaba aun que dominar y someter a las tribus de la Cordillera notablemente aumentadas por los numerosos fugitivos de las pampas que ante el avance de las fuerzas del ejército nacional buscaron su salvación entre ellas; pero los acontecimientos políticos producidos en 1880 suspendieron momentáneamente toda medida al respecto. Llegado Roca a la presidencia y pacificada la República, resolvió continuar la campaña y nombró a Villegas, ascendido ya a general, jefe de la división del Río Negro y Neuquén, con instrucciones de someter a la civilización todo el territorio situado al sud de dichos ríos y llegar hasta las más altas cumbres de los Andes; Villegas cumplió su cometido con tanta rapidez, energía y eficacia que justificó su apodo de "tigre del oeste"; llegó a la región de los lagos y fundó el fuerte San Martín de los Andes en el extremo oriental del lago Lacar, enarboló la bandera argentina en la cima del cerro del Carmen en las inmediaciones del lago Nahuel Huapí y sometió a los caciques que aun quedaban en la Cordillera como Purrán el gobernador chileno, Reuqué Curá y otros; reconoció los pasos y boquetes de la Cordillera por donde se llevaban a Chile las haciendas robadas aquí y estableció guarniciones en puntos estratégicos que acabaron para siempre con ese tráfico escandaloso. El cacique Saihueque que dominaba en Nahuel Huapí y País de las Manzanas fué nombrado gobernador del territorio, pues siempre había sido amigo de los cristianos y defendido los derechos argentinos contra los chilenos cuyas hordas lo hostilizaban continuamente amenazando desalojarlo. El cacique Casimiro que extendía sus dominios al sud del anterior en todo el territorio habitado por los tehuelches hasta la Tierra del Fuego, y que fué siempre argentino, como que llevaba una bandera nuestra que enarbolaba como símbolo de amistad y alianza, reconoció y aceptó complacido la soberanía argentina, pues miraba en ella una protección contra los avances de los chilenos que lo molestaban de continuo.

El año 1883 el capitán de fragata Erasmo Obligado y el teniente Eduardo O'Connor reconocen por agua el Limay; y el segundo, con algunos audaces compañeros, siguen su curso accidentado y bravío y después de vencer grandes obstáculos y salvar in-

numerables peligros llegan en canoa hasta el lago Nahuel Huapí que le da origen.

El mismo año se da por terminada la campaña de Villegas y se incorporan a la soberanía argentina todos los territorios que se extienden desde los Andes hasta el Atlántico y por el sur hasta el límite de continente. Los territorios conquistados así por la civilización que comprenden las gobernaciones de Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego tienen una superficie de 490 668 kilómetros cuadrados sobre los cuales la Argentina no ejercía su dominio sino en las costas y uno que otro punto aislado, no alcanzando esta área a 40.000 kilómetros cuadrados; de manera que con la campaña de 1883 se incorporaron al acervo nacional 450 000 kilómetros que sumados a los 550 000 que se habían obtenido en la de 1879 hacen un total de 1 000 000 de kilómetros cuadrados; es decir, que le debemos al general Roca más de la tercera parte del área total de la República. Roca no tiene estatua; en cambio la tiene Garibaldi!

Poco después se sublevaron algunas tribus con los caciques Saihueque, Inacayal, Chiquichau y Feyel, pero fueron sometidas inmediatamente por las fuerzas nacionales al mando del general Winter que había reemplazado a Villegas, y el 9 de febrero de 1885 comunica este general al gobierno de la Nación que habiendo sofocado la última tentativa de rebelión de los salvajes, no había posibilidad de más levantamientos. Desde ese momento entra la República en pacífica posesión de los territorios conquistados que incorpora definitivamente y con la fuerza de un hecho consumado al patrimonio nacional.

Según el teniente coronel Jon Luis C. Caronti, que ha hecho estudios especiales a este respecto como que ha seguido paso a paso las diversas campañas del desierto, la extensión sometida a la civilización desde 1870 hasta 1884 es de 1 248 593 kilómetros cuadrados, de los cuales más de 1 000 000 corresponden exclusivamente a las campañas del general Roca como hemos visto ya.

La riqueza actual de esos territorios es incalculable, y la futura excede a toda previsión: Basta citar el hecho de que los yacimientos petrolíferos fiscales de Plaza Huincul en el Neuquén y Comodoro Rivadavia en el Chubut, producen en dos días más de lo que costó toda la campaña del desierto del general Roca. Las obras hidráulicas del Río Neuquén que no sólo permiten regar una exten-

sión de 100 000 hectáreas por lo menos, sino que sirven también para defender de las inundaciones a las poblaciones y establecimientos de la costa del Río Negro y regularizar el régimen de este Río, han formado el mayor embalse artificial del mundo con capacidad de 5 200 000 000 de metros cúbicos, un verdadero mar interior, hoy llamado Lago Pellegrini. Allí van a parar las aguas de los deshielos de la Cordillera en vez de inundar los valles inferiores y producir desastres y pérdidas en los establecimientos rurales situados en esos valles.

Pero la riqueza más valiosa de la Cordillera será en un futuro no lejano el aprovechamiento de las caídas de agua para transformarlas en fuerza motriz. Según estudios realizados por las oficinas técnicas del Ministerio de Obras Públicas de la Nación, la energía total que pueden generar las caídas de agua situadas al norte de la región del Nahuel Huapí es de 6 824 000 H. P. teóricos, y la efectiva y aprovechable de inmediato se estima en 2 126 660 H. P. Calculando el caballo de fuerza en 100 pesos oro que es menor que el valor medio en Europa y Estados Unidos, resultaría que la fuerza utilizable importaría más de 200 000 000 de pesos oro. Antes de finalizar el siglo, cuando empiece a escasear la nafta, esta fuerza constituirá una riqueza fabulosa. Por esta razón el gobierno debe ser muy parco en acordar concesiones de esta clase.

Las bellezas naturales de la región de los lagos han sido proclamadas como una de las más admirables del mundo por los turistas entendidos que las han recorrido en diversas épocas. El Dr. Luther ex presidente del Consejo de Ministros de Alemania, y el general Pershing ilustre jefe norteamericano que entraron a nuestro país por la Cordillera, precisamente a la altura del lago Nahuel Huapí, se han expresado en forma altamente encomiástica de las maravillas de esas incomparables regiones. La célebre periodista inglesa Rosita Forbes que nos visita actualmente y que en reciente viaje de inspección ha conocido la zona de los lagos después de haber recorrido los puntos más notables de la tierra, de lo que se admira es de que haya argentinos que vayan al extranjero a buscar emociones y gozar de vistas y panoramas naturales teniendo en el país regiones que como las citadas no tienen comparación con otra alguna del mundo.

Los afectos a los deportes de invierno que conocen los lugares

predilectos para esa clase de sports de Francia, Suiza, Austria, Suecia y Noruega y que han visitado el Neuquén, dicen que esto es superior a cuanto pueda pedir el más exigente como perspectivas magníficas y panoramas espléndidos; que el Neuquén tiene zonas estupendas para el turismo, especialmente para la práctica del esquí, y maderas fuertes y livianas apropiadas para la construcción de esquís, superiores a las de Noruega y Suecia, únicos países que por disponer de maderas especiales han hecho de la construcción de esos aparatos una industria próspera y floreciente; que la región del volcán Copahué puede competir ventajosamente con Chamonix, Cortina d'Ampezzo, Holmenkollen, Saint Moritz y otros conocidos puntos de turismo de invierno, porque tiene sobre ellos la superioridad de disponer de baños calientes a diferentes temperaturas en medio de paisajes rodeados de nieve; y que las regiones nevadas del Neuquén no tienen nada que envidiar a las de igual clase del Canadá que tiene en el turismo una fuente importantísima de sus recursos financieros, como que el año 1929 los turistas dejaron no menos de 250 000 000 de dólares.

El día que tengamos buenas vías de comunicación y medios de transportes rápidos, cómodos y económicos y nuestros gobiernos, las empresas ferroviarias y navieras y las grandes instituciones sociales del país se preocupen de fomentar el turismo a esas regiones, empezarán a ser visitadas y conocidas y se construirán hoteles confortables y pensiones modestas que proporcionen a los viajeros los elementos necesarios para la práctica de los sports y las comodidades indispensables para la estada.

Mientras más tiempo pasa, más nos vamos convenciendo de la verdad de las palabras proféticas del general Roca de que los territorios dominados por los salvajes y que él sometió a la civilización, son los más ricos de la República.

CONCLUSIÓN. — De todo lo expuesto se deduce que la conquista del desierto y su consiguiente civilización ha sido uno de los actos más fecundos y trascendentales de gobierno, pues al terminar la guerra trisecular con los salvajes, cimentó la verdadera nacionalidad y echó las bases de la grandeza futura de la patria; y el hombre que la concibió y llevó a efecto no hizo más que completar la obra de San Martín y Belgrano que si nos independizaron del po-

der español nos dejaron en otra sumisión más humillante y deprimente cual era la de los salvajes del desierto. Pero como esta sumisión la sufrían sólo los habitantes de la campaña, verdaderos forjadores de nuestra riqueza y engrandecimiento, y no los intelectuales de las ciudades que por medio de la prensa hacían oír su pensamiento en todo el país y aun fuera de él, quedaron estos asuntos sin la debida repercusión y propaganda y el historiador no tuvo los antecedentes necesarios para darles la importancia que deben tener en nuestra historia nacional.

La conquista del desierto por el general Roca es un acontecimiento de tanta trascendencia y tal magnitud que se puede afirmar que recién después de ella hemos entrado a ser una nación independiente, libre, civilizada, culta y rica; pero para comprender bien la importancia de ese hecho es necesario conocer los antecedentes que lo fundamentaron y lo hicieron una necesidad imprescindible para nuestro progreso y engrandecimiento: es necesario que se sepa que los indios que dominaban en el desierto nos tenían humillados y oprimidos con sus continuos saqueos, robos, matanzas, cautiverios, malones y depredaciones de todo género, que cometían en perjuicio de los pobladores rurales que vivían aterrorizados ante la constante amenaza del malón y no podían desarrollarse y progresar con la amplitud que requería el grado de adelanto y civilización a que habíamos llegado; es necesario que se sepa que la conquista del desierto fué un hecho impuesto por la seguridad del país y las necesidades de la población cada día más numerosa; y es necesario en fin que en el estudio de la historia patria que se hace en los establecimientos nacionales de segunda enseñanza se haga comprender con los hechos relatados que la conquista del desierto fué el resultado de la clara visión de un estadista llevada a cabo por un estratega superior que con un mínimo de sacrificios nos hizo entrar en posesión de los feraces y ricos territorios que constituyen hoy el orgullo y la grandeza del país, y que el nombre del general Roca debe figurar en la historia como uno de los grandes constructores de nuestra nacionalidad.

A P É N D I C E

Siempre que se estudian los antiguos desiertos argentinos es necesario conocer un poco el idioma de sus primeros habitantes para darse cuenta de la toponimia de los lugares, porque los indios araucanos como todos los pueblos primitivos daban a las localidades que poblaban nombres que condensaran en una palabra las faces más características o resaltantes de las mismas; así por ejemplo, a un río de corriente rápida y tumultuosa le llamaron Neuquén, que quiere decir correntoso; a otro de cauce estrecho, encajonado y tortuoso, en donde los fuertes vientos de la cordillera producen bramidos que semejan quejas o lamentos, le llamaron Atuel que significa lamentaciones; a otro que tiene en su margen un gran peñón que parece un busto de mujer toscamente modelado por la acción de los elementos naturales, le denominaron Collón Curá que quiere decir máscara o estatua de piedra; otro de lecho escabroso, lleno de rocas y peñascos y con numerosos rápidos, era el Limay, que quiere decir eso mismo: rocas o peñascos.

Igual cosa pasaba con las regiones, y así a una árida, triste, desolada e inhabitable, le llamaron Huecubú Mapú que quiere decir País del Diablo; a un cerro torcido o encorbado, le llamaron Chubut que equivale a Corcobado; y del cerro pasó el nombre al río que nace en su falda oriental y de allí a la región. Un lago que en la zona en que se encuentra es el mayor y más hermoso de todos los inmediatos, es el Huenchú Lauquén o Lago Macho. Una serraña de bello color azul celeste era la Painé Mahuida o Sierra Azul.

A propósito del nombre de esta sierra y el desconocimiento del idioma araucano, algunos de nuestros distinguidos escritores incurrían en errores que pueden dar lugar a confusiones. Uno de ellos que publicó en el diario "La Nación" de Buenos Aires del 31 de mayo de 1931 un artículo titulado *Cuadros patagónicos — La maravillosa región del Paine*, en el que describe las bellezas naturales de esa espléndida región argentina, dice que Paine es un nombre propio; y que el peón de una estancia vecina que le servía de ba-

quiano le decía a un profesor alemán que lo acompañaba que el nombre lo debía a sus picachos puntiagudos y aglomerados como los dientes de un *paine*, dando a la palabra peine la pronunciación usada por los malevos que hablan en lunfardo. Seguramente el profesor alemán le llamará en sus memorias Sierra de Peine, y así se divulgará más tarde este nombre. El autor del artículo justifica en seguida, sin darse cuenta talvez por ignorar el idioma araucano, el verdadero significado del nombre de esta sierra cuando dice que en ella “el tono general es azul, una radiosidad de zafiro”.

El lago Nahuel Huapí tan mentado entre nosotros, deriva su nombre de la isla que hay en él y que los españoles denominaron Isla Grande o Isla Larga por su tamaño o su forma, pero que los indios llamaron Nahuel Huapí que significa Isla de los Tigres, en razón de ser ella un refugio de esas fieras.

En cuanto a los animales, les daban nombres onomatopéyicos del grito o voz que emitían, como *trrararú* al carancho, *cuz - cúúú* a la lechuza y *guor* al zorro, nombres indudablemente más apropiados que los nuestros. El guanaco era *luan*, palabra que varias veces repetida y pronunciada labialmente con rapidez imita bastante bien el relincho de dicho animal, que según el malogrado naturalista don Clemente Onelli “es una risa sarcástica como caquino de bruja”. La voz *choique* o *cheuque*, que significa gambeta en el sentido que damos los argentinos a esta palabra, es muy apropiada para designar al avestruz.

La mezcla y confusión del lenguaje en el continuo intercambio con el desierto ha dado lugar a muchas expresiones que son una combinación de voces araucanas y españolas, unas veces con sintaxis araucana y otras de acuerdo a las reglas de la gramática española, sobre todo en los nombres de lugares, como por ejemplo: *banderaló*, el médano de la bandera; *levú - carreta*, la carreta quemada; *plaza huincuñ*, plaza de las colinas; *lonco - uaca*, cabeza de vaca; *trapalito*, el charquito; y varias otras.

Hay también muchas palabras araucanas que hemos incorporado definitivamente a nuestro léxico y consideramos ya como propias en vista de que todo el mundo las usa, entre las que pueden mencionarse las siguientes: calehas, cuyanos, chapalear, chuchoca, chusma, chuy, guadal, gualicho, provincias de Cuyo, pirca o pileca, pulpería, quillango y algunas otras.

En las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis, Mendoza y San Juan, hay muchos nombres de lugares de origen típicamente araucano; y en las gobernaciones nacionales del sud, la inmensa mayoría de los nombres de las localidades y accidentes geográficos reconocen el mismo origen, y como esos nombres expresan las cualidades o caracteres más resaltantes de ellos, es necesario conocer su equivalente castellano para apreciar en todo su valor lo apropiado de esos nombres. Por eso dice el Dr. Zeballos que éstos “deben permanecer no únicamente como un recuerdo histórico, sino también como depósito de luz para las investigaciones científicas”.

Como complemento del presente estudio y a fin de llenar una necesidad sentida en estos asuntos y facilitar a la vez la interpretación de muchos nombres de origen araucano, se acompaña el pequeño vocabulario que sigue.

JACINTO DEL VISO

Córdoba, agosto de 1932.

VOCABULARIO ARAUCANO - ESPAÑOL

A

Acúa. — Llegar, arribar.
Achúcar. — Azúcar.
Agé o *Angé*. — Cara.
Agel o *Aguel*. — Máscara. Ver Collón.
Aien. — Risa.
Ailiñ. — Canto rodado.
Aillancó. — Las nueve aguas o aguadas: de aillía, nueve; y co, agua o aguada.
Aillía. — Nueve.
Alcún. — Oír.
Aleccún. — Relumbrar.
Alicó. — Aguas calientes o termalles.
Alim. — Calentar, arder, abrasar.
Amí. — Irse.
Amón. — Vamos.
Amuy. — Fuera o afuera.
Anay. — Amiga.
Anca o *Ancá*. — Medio, la mitad.
Anculán. — Medio muerto.
Antú o *Antí*. — El Sol.
Antucó. — Aguas del sol: de antú, sol; y co, aguas.
Apó Gulmén. — Cacique general o superior.
Arauco. — Terreno pantanoso, ciénega: de raul, detenida, parada; y co, agua.

Arauco Mapú. — El país de Arauco.
Atreu o *Utré*. — Frío, fría.
Atreucó. — Agua fría.
Atuel. — Lamentaciones.
Aucá. — Rebelde, alzado, indómito, enhiesto.
Aucá Filú. — La serpiente alzada o indómita. Apodo que dieron al tirano Rosas sus enemigos políticos al principio de su actuación pública.
Aucá Mahuida. — La sierra enhiesta.
Aucá Nahuel. — El tigre alzado.

B

Barranca. — Mil.
Batá. — Viejo.
Botaguy. — Guadal convertido en barro espeso y pegajoso por las lluvias. Lodazal, eenagal.
Botom. — Hijo de padre.

C

Cachal. — Hacha (de hierro).
Cachú. — Pasto.
Caghé. — Ave preciosa llamada también pata picasa.

- Cahuñ.* — Borrachera.
- Cai.* — La jarilla (arbusto).
- Carhué.* — La jarilla (lugar).
- Carhué Miligüé.* — Invernada de la jarilla.
- Caitá.* — Bagual.
- Caiu.* — Seis.
- Calcú.* — Brujas.
- Calcú Mamul.* — Monte de las brujas.
- Calcumuleu.* — Agua en que viven brujas.
- Calchas.* — Telas gruesas de lana que sirven de colchón y frazadas; la ropa interior.
- Cáel.* — El cuerpo humano.
- Calmú.* — Garrapata.
- Calmucó.* — Agua de la garrapata.
- Calpe.* — Quebrada, valle estrecho.
- Calquín* o *Ñancú.* — Aguila.
- Calvá.* — Garbanzos.
- Calvañ Guor.* — Zorro comilón de garbanzos. Nombre propio.
- Calvú.* — Azul turquí.
- Calvucurá* o *Calfucurá.* — Piedra azul: de calvú, azul; y curá, piedra.
- Can.* — Cántaro.
- Canhué.* — Cántaro nuevo.
- Caniu* o *Tecau.* — Papagayo.
- Caquel.* — Separado, cortado, aislado, solitario. Ver que-tré.
- Caqueñ.* — Cigüeña.
- Cara.* — Población o fortín.
- Carahué* vulgo *Carhué.* — Lugar de la población o del fortín.
- Caré* o *Carú.* — Verde.
- Carú Agé.* — Cara Verde.
- Carú Agel.* — Máscara verde.
- Carú Loo.* — Médano verde.
- Carú Luan.* — Guanaco verde.
- Catricurá.* — La piedra partida o rota.
- Catriel.* — Mirada de halcón. Nombre propio.
- Catril* o *Catum.* — Cortar, partir, romper, hender.
- Catriló.* — El médano partido: de catril, partido; y loo; médano.
- Cayñé.* — Enemigo.
- Cayupel.* — Seis pescuezos. Nombre propio.
- Cla.* — Tres.
- Clen* o *Cúlen.* — Rabo, cola.
- Co.* — Agua o aguada.
- Cochí.* — Dulce, hermoso.
- Cochicó.* — Agua dulce o hermosa.
- Cochiquingan.* — Linde, límite.
- Coilá* o *Coillá.* — Mentira, comedia.
- Colí.* — Colorado.
- Colí Mula.* — La mula colorada.
- Colihué* o *Coligüé.* — Caña de Chile que sirve para hacer astas de lanza y tabiques delgados o quinchas.
- Colo-colo* o *Coll-coll.* — Gato montés (el que vive en el monte).
- Colullá.* — La hormiga.

Collón. — Máscara o estatua. Ver
agel.

Collón Curá. — Máscara o estatua
de piedra.

Comé. — Lindo.

Comeñé. — Ojos lindos.

Comote antí. — Calor del sol.

Comote arream. — Calor sin sil.

Coná. — Soldados, guerreros, tro-
pa.

Conú. — Torcaza.

Coñipillé. — Papa silvestre.

Cotúr. — Maíz tostado, áncua.

Covú. — Caliente, quemado. Ver
alim.

Covuleuvú. — Río caliente.

Cucé. — Vieja.

Cucú. — Abuela.

Cuchauentrú. — Dios, en su idea
de omnipotencia: literal-
mente hombre grande.

Cué. — Papas.

Cuerró. — Sur. Ver tehuen.

Cudun. — Acostarse.

Cui. — Mano.

Culiu. — La piedra o rodaja del
huso.

Cultuncá. — Tambor indio.

Culú. — La suerte.

Cullín. — Hacienda.

Cúmpali. — Cabo de hacha o de
rebenque.

Curá. — Piedra.

Curá Malal. — Corral de piedra.

Curicó. — Agua negra.

Curú o Currú. — Negro.

Curú Loncó. — Cabeza negra.

Curré. — Mujer.

Curruagé. — Cara negra.

Curru Malal. — Corral negro.

Curraf. — Viento.

Cuyú o Cuyun. — Arena o arenal.

Cuyunches. — Gentes del arenal.

Así llamaban los indios a los habitantes de San Luis, Mendoza y San Juan, porque para llegar a esas provincias había que pasar los inmensos arenales que constituyen la Travesía; y de ahí deriva el nombre de "Provincias de Cuyo" con que se las designa hoy, y cuyanos a sus habitantes.

Cuz - Cúúú. — La lechuza.

CH

Chaan. — Piernas.

Chacay o Chos. — Amarillo.

Chachao. — Dios, como padre común de todos.

Chadi. — La sal, salado.

Chadileuvú o Chadileufú. — Río
Salado.

Challúa. — El pescado.

Chamal. — Manta, poncho. Ver
pilquén.

Changil. — Dedos.

Chao. — Fraile, sacerdote, cura.

Chapad. — Pantano, ciénega.

Chapadcó. — Agua o aguada del
pantano.

Chapadmatal. — Corral del pan-
tano.

- Chapalear.* — Verbo de origen araucano, hoy argentinisimo muy común, que viene de chapad, pantano; y lar, deshacer, revolver violenta y desordenadamente.
- Charaguilla.* — Calzoncillos.
- Chavalonco.* — Dolor de cabeza intenso con aturdimiento, jaqueca violenta, que padecían los indios cuando reinaban los vientos de presión baja. Viene de chava, modorra o aturdimiento; y loncó, cabeza.
- Che* o *Ches.* — Hombres, gentes, habitantes.
- Chelforó.* — Huesos humanos.
- Cheu.* — Donde, adonde.
- Cheun.* — Pariente, de la familia.
- Chezcuí.* — Suegro. Nombre dado por afección o respeto.
- Chilca.* — Letra, carta, escritura; el chañar.
- Chilihué.* — Nueva Chile.
- Chimpay.* — Campamento.
- Chinas.* — Mujeres solteras, señoritas.
- Choele - Choel.* — Gritos y espantajos.
- Choi que* o *Cheuque.* — Avestruz.
- Choncó.* — Plato grande o fuente de madera de fabricación indígena.
- Choroy.* — Loro.
- Choroy Lauquén.* — Laguna de los loros.
- Chosmalal.* — Corral amarillo.
- Chu.* — De qué.
- Chubut.* — Corcobado.
- Chucul.* — Frangollo de maíz, mote.
- Chupar.* — Beber, emborracharse.
- Chusma.* — La gente que no servía para la guerra, como las mujeres, los niños, los viejos y los inválidos.
- Chuy!* — Interjección que sirve para expresar la sensación de frío intenso, hoy argentinismo muy usual.

D

- Dami.* — Estera de totora que sirve de alfombra, colcha o cortina.
- Deo.* — Ratón.
- Dugun.* — Hablar, idioma o lengua.

E

- Eimí.* — Tú o vos.
- Elchá.* — Joven.
- Enché* o *Inché.* — Yo.
- Entrén.* — Mucho.
- Entrequén.* — Ceniza, cenizal.
- Epú.* — Dos.
- Epuñ - ple.* — Ambos, los dos.
- Epú - puel.* — Las dos sepulturas.

F

- Filú.* — Culebrá, víbora, serpiente.

G

- Gen.* — Tener.
Guadal. — Suelo de tierra suelta, disgregada, fofa, movediza.
Guala. — Patitos de laguna.
Gualicho. — Maleficio, genio del mal que produce las desgracias, las enfermedades y la muerte.
Guelé. — El convertido.
Guerel. — El telar.
Gulan. — Consejo.
Gulmen. — Noble, rico, cacique de segundo orden.
Gull. — Oeste (según el Dr. Zeballos).
Gúnal o *Ghúnal.* — Jagüel.
Gunei o *Guenei.* — Astucia, habilidad, suerte.
Guñun. — Ave, pájaro.
Guor. — Zorro.
Gúrum. — Sobador de cueros.
Gutral. — El fuego.
Gutran. — Forastero.

H

- Helo.* — Laguna pequeña y temporaria.
Hua. — Maíz.
Huacá. — Calabazas.
Huámpo. — Vaso de cuerno.
Huapí. — Isla.
Huayquí. — Lanza.
Huayun. — Espina.
Hucueullín. — Adquirir.

- Hué.* — Sitio, lugar, campo; nuevo.
Huecubú. — Espíritu infernal, el diablo.
Huecubú Mapú. — El país del diablo.
Huelé. — El zurdo, al revés.
Huemul. — Ciervo de la Cordillera.
Huenchú Guor. — Zorro macho.
Huenchuil. — El esforzado.
Huenú Mapú. — El país de los buenos, el cielo.
Huenú Pillañ. — El espíritu bueno.
Huetel. — Muliña.
Huentrú, huenchú, uentrú, wentrú. — Hombre, macho.
Huiliches. — Gentes del sud.
Huincá, uincá, wincá. — Cristiano.
Huinean. — La cristiandad.
Huincá Dugun. — Idioma o lengua de los cristianos.
Huincá Renancó. — Vertiente o manantial del cristiano.
Huincá Mamul. — Monte de los cristianos.
Huincul. — Colinas.
Huinchá o *Huichá.* — Lo que está parado.
Huinchá Curá. — La piedra parada.
Huinchán. — Ladrón.
Huiñá. — Gato de las pajas.
Huircán. — Mancha blanca en la frente.
Huytrú. — Caldén.
Huytú. — Cuchara.

I

- Inche Ue.* — Yo soy.
Inchin. — Nosotros.
Iñ. — Comer.
Italó. — El médano grande: de itá, grande; y loo, médano.
Iú. — Nariz.

L

- Lai.* — Morir.
Lai-pi. — Se murió.
Lamuen. — Hermana.
Lan. — Muerto.
Langueló. — Las sepulturas.
Lantú. — Viudo.
Lape. — Muera.
Lauquén, Lavquén, Lauquen o *Lavquen.* — Laguna grande y permanente: Lago.
Lebvun. — Llanuras, pampas.
Leubú o *Leuvú.* — Río, arroyo, lo que corre o se desliza.
Leubucó. — Agua que corre.
Leví. — Volador.
Levque. — Relámpago.
Levú Carreta. — La carreta quemada.
Lieu o *Liev.* — Blanco.
Liev Curá. — Piedra blanca, cuarzo.
Lighen. — Plata (metal).
Límay. — Rocas, peñascos; según el Dr. Zeballos una especie de sanguijuela.
Límeñ. — Piedra de afilar.
Límeñ Mahuida. — Sierra de la piedra de afilar.

- Lincon.* — Grillo.
Lincun. — Limpio, claro.
Lof. — Isleta; pequeño montón de árboles aislados en la llanura.
Loncó. — Cabeza o pelo.
Loncohué, vulgo Loncagüé. — Lugar de la cabeza.
Loncatear. — Pujilato que consiste en agarrarse dos de los cabellos y en hacer fuerza para atrás, a ver cual resiste más a los tirones (Mansilla). Ver el castellano Mesar.
Loo. — Médano.
Loo-có. — Agua de médano.
Loycá. — Ave de pecho colorado que vive en los pajonales.
Luan. — Guanaco.
Lwí. — La nutria.

LL

- Llalma.* — Viuda.
Llalmaches. — Gentes de la viuda.
Llallín. — Araña común.
Llanccatú. — Collar.
Llanhuelén. — El desgraciado.
Llanque. — Minas.
Llanquehué. — Lugar de las minas.
Llaon o *Thavun.* — Topar.
Llullín. — La abeja.

M

- Macú.* — Agrio.
Macú Leubú. — Río Agrio.

- Machí.* — Curandero, brujo, adivino.
- Magú.* — Ver Gua.
- Maguín.* — Inundación.
- Mahuida.* — Sierra, montaña, cerro.
- Mahún.* — Llover, lluvia.
- Malal.* — Corral.
- Malal-hué,* vulgo *Malargüe.* — Corral nuevo.
- Malón.* — Irrupción vandálica.
- Maloquear.* — Invadir.
- Mallín.* — El valle, la vega; el pasto.
- Malló.* — Greda.
- Mamíl* o *Mamul.* — Arbol, monte, palos.
- Manqué* o *Maiñqué.* — El cóndor.
- Maquin.* — El envidioso.
- Mapú* o *Mapo.* — País, nación.
- Mapú Dugun.* — Idioma del país, lengua de los indios.
- Mari.* — Diez.
- Mari-mari.* — Salud, buenos días, Dios os guarde.
- Matú.* — Pronto, ligero, rápido.
- May.* — Bueno, si, está bien.
- Mel.* — En otro tiempo.
- Meli.* — Cuatro.
- Melicurá.* — Cuatro piedras.
- Melincué.* — Cuatro papas.
- Miauln.* — Vendedor.
- Miligüé.* — Invernada.
- Millá.* — Oro.
- Millá Calquín.* — Aguila de oro.
- Millá Pulquí.* — Flecha de oro.
- Minú* o *Miñú.* — Adentro.
- Minucó.* — Agua de adentro, pozo de agua.
- Mothin.* — Gordo, gorda.
- Mu* o *Mué.* — No.
- Mulen.* — Morar, habitar.
- Mulú.* — Rocío, humedad.
- Muluches.* — Gentes de la humedad o habitantes de Arauco.
- Muluín.* — La sangre.
- Mulú Mapú.* — País de la humedad o Arauco.
- Muluto.* — Oeste según Mansilla, porque según Zeballos el oeste es Gull.

N

- Nahuel.* — Tigre, tigres.
- Nahuel Huapí.* — Isla de los tigres.
- Nahuel Mopú.* — País de los tigres.
- Nahuel Quintuy.* — Buscador de tigres.
- Namún.* — Pie.
- Namuncurá.* — Pie de piedra.
- Naunan.* — El peludo.
- Naunancó.* — Agua del peludo.
- Necul.* — Corredor, volador, rápido.
- Nerun.* — Pulgas.
- Neuquén.* — Correntoso.
- Nilgüil* o *Nihuil.* — Paso, vado.
- Nolay.* — No hay.
- Nuqué.* — Madre.

Ñ

- Ñancú.* — Ver calquin.

Ñarqui. — Gato doméstico.

Ñe. — Ojos.

Ñochi. — Despacio.

Ñomclen. — El silencio.

O

Oñapué. — El veneno de la hiel.

P

Pagui o *Pagi.* — León americano, puma.

Pagitrúz. — Cazador de leones.

Pagitrúz Guor. — Zorro cazador de leones.

Painé. — El color azul celeste.

Painemaiñ. — El cóndor celeste.

Pan. — La espalda.

Pataca. — Cien.

Payen. — Cobre.

Payun. — Las barbas.

Payuntun. — Afeitarse.

Payuntuín. — Afeitarse.

Pehuen. — Pinos, pinares.

Pehuenches. — Habitantes de los pinares.

Pel. — El pescuezo.

Peñí. — Hermano.

Picú. — Norte; según Mansilla (carta 41). Picú es Este.

Picún. — Agujero.

Picunches. — Gentes del norte.

Pichí o *Pichicai.* — Chico, pequeño.

Pichicaiun. — Boca pequeña.

Pichí Huinchan. — El ladronzuelo.

Pichuiñ. — Plumas.

Pilco. — Canuto.

Pilquén. — Manto con que se cubrían el cuerpo las indias. El Dr. Zeballos le llama chamal.

Pilú. — Sordo.

Pilun. — Oídos, orejas.

Pillañ. — Espíritu, alma.

Pillú. — Garza.

Piñen. — Hijo de madre.

Pipí. — Así es.

Pirca. — Pared o muro sin argamasa.

Piré. — Granizo.

Pitrá. — El flamenco.

Pitrá Lauquén. — Laguna de los flamencos.

Pirú. — Gusano.

Pirucó. — Agua de los gusanos.

Pollonguelo. — Laguna del pollo.

Poitá. — Divisadero, mangrullo.

Poitahué. — Lugar del divisadero.

Puco. — Pozo, poza.

Puel. — Este o naciente. Mansilla en la carta citada le llama Norte.

Puelches. — Habitantes del este.

Pulcú. — Bebidas fermentadas que hacían las indias con el fruto del chañar, algarrobo o piquellín, y al que eran muy aficionados los indios.

Pulquí. — La flecha.

Pulquinay. — Amiga de la flecha.

Pun. — La noche, la obscuridad.

Pun Mahuida. — Sierra de la noche o de la obscuridad.

Purrá. — Ocho.
Parrán. — Vale por ocho.
Palú o *pal-li.* — Mosca.
Púúdu. — La liebre patagónica.

Q

Qué. — El estómago; partícula muy común y que tiene varias acepciones según la colocación, pero indica permanencia y equivale a siempre.
Queepú o *Queipú.* — El pedernal de la flecha.
Quehú o *Quechú.* — Cinco.
Quechú Luan. — Cinco guanacos.
Quen. — Parece, parecido.
Quenún. — Lengua o idioma.
Quequén. — Moler el maíz.
Quetré. — Solo, solitario, aislado. Ver Caquel.
Quetré Huitrú. — El caldén solitario.
Quien. — La luna.
Quillango. — Mantas de pieles de guanaco o zorro, bien sobadas y cosidas unas con otras, generalmente forradas por el lado del cuero y que servían de abrigo. Equivaldría a la palabra castellana Zamarro.
Quingam. — Represa.
Quíntucó. — Agua bucada.
Quántunien. — Cuidar.
Quintún. — Buscar.
Quíntuy. — Buscador.

Quiñé. — Uno.
Quiñemamíl. — Un árbol.
Quitral. — Ver Gutral.

R

Raihué. — Flor nueva.
Raní. — Matas, matorrales.
Raní Leubú. — Río de las matas.
Ranquél o *Rancúl.* — Totorá, totoral.
Ranquelches o *Rancules,* vulgo *Ranqueles.* — Cierta parcialidad de indios que vivían en la parte sud de Córdoba y en lo que es hoy la Gobernación de la Pampa. Significa gentes o habitantes de los totorales.
Ranquílco o *Ranculco.* — Agua o aguada del totoral.
Rapín. — Vomitar.
Rayún. — Flor.
Realicó. — Aguada del plato.
Relgué. — Siete.
Relmú. — Arco iris.
Remencó o *Renancó.* — Agua que mana, vertiente, manantial, ojo de agua.
Rithó. — Estrella, derecho, en frente.
Rithó Curá. — Estrella de piedra.
Rucá. — La casa del indio, el toldo.
Rucú. — Pecho.
Rumén. — Pasar hacia allá.
Run o *Ran.* — Pasar.

Rupán. — Pasar hacia acá.

Rupú. — Camino.

S

Sanhue. — Cerdo, puercos, chanchos.

Sanhue Mahuida. — Sierra de los chanchos.

Shapuill. — La rueca, el huso.

Siu. — Gilguero.

T

Tacín. — Cerrar, tapar.

Talca. — Fusil, arma de fuego.

Tapalquén. — Sierra pelada o desnuda.

Tarin. — Atar, amarrar.

Tavtun. — Parlamento, congreso, junta.

Taye o *Teye.* — Aquel, aquello.

Tecau. — Papagayo. Ver Caniu.

Tecau Lauquén. — Laguna de los papagayos.

Tegua o *Teguá.* — Perro.

Tehuen o *Tehuel.* — El sur. Ver Cuerró.

Tehuelches. — Gentes del sur.

Tehuen Malal. — Cerral del sur.

Til. — Anima.

Tilhué o *Tilgüé.* — Lugar de las ánimas.

Tipán. — El brazo.

Toay. — El árbol caído.

Tol. — La frente.

Tomú. — Nube.

Trabuncurá. — Estrechura o angostura de piedras.

Trapal. — Charco.

Trapalcó. — Charcos de agua, esteros.

Trarará o *Tarará.* — El carancho.

Tremén o *Tromén.* — Carrizal, juncal.

Tremencó. — Aguada del carrizal.

Trenel. — Los bastos, el recado.

Trenque Lauquén. — La laguna helada, según unos, pero el Dr. Zeballos dice Laguna redonda: de trenqued, redonda; y lauquén, laguna.

Trequén. — Ver Entrequén.

Tribis. — La iguana.

Truquén o *Truvquén.* — Tierra, polvareda.

Truvulucicó. — Agua turbia.

Truz. — Cazador.

Tunuyán. — Peligro de temblores.

Tvey o *Vey.* — Ese.

U

Ueda. — Fea, mala.

Ueno. — Cielo.

Uchaima. — Grande.

Uchamaiñé. — Ojos grandes.

Ufuiñbé. — Salteador, bandolero.

Umau. — Sueño.

Un. — Boca.

Utracan. — Lo que está clavado o plantado; encajarse en el monte.

Utra Malal. — Corral de palo a pi-
que.

Uthiv. — Navaja de afeitar hecha
generalmente de cáscara
de chañar.

Urré. — Nieblas, brumas.

Urré Lauquén. — Laguna de las
neblas o de las brumas.
Latzina en su diccionario
dice Laguna amarga.

V

Villa. — Carencia o falta.

Vithum. — Humo.

Vorohué, vulgo *Voroa.* — Lugar
de los huesos: de voró,
hueso; y hué, lugar.

Vudu. — La perdiz.

Vuré. — Amargo.

Vutá. — Grande. Por corrupción,
Vitá, Vichá, Itá y Potá.

Vutá Huentrú. — El tigre por an-
tonomasia; literalmente,
hombre grande.

Vutá Mahuida. — La sierra gran-
de, la cordillera.

Vun. — Fruta.

Vun Mamul. — Arbol frutal.

Vutá Ielvun. — Pampa grande.

Vutá mallin. — Pastos grandes o
altos.

Y

Yaco. — Bolsa de cuero sin costu-
ra y sobado, de animal
tierno como ternero nona-
to, cabrito, etc. Más o
menos la bota de los es-
pañoles.

Yafú. — La resistencia para la fa-
tiga.

Yafú Cahuellú. — Caballo de ba-
talla o de pelea de los in-
dios.

Yaima. — Acequia.

Yamn. — Tener miedo.

Yamnqué. — El flojo: de yamn,
tener miedo; y qué, siem-
pre.

Yapaí. — Brindis.

Yentucó o Yutucó. — Nacimien-
to del agua.

Yulliñ. — Propiedad.

W

Weni. — Amigo.